

CARLOS VATTIER



CUENTOS
PARA GENTE
SIMPATICA

A S C I M E N T O

1938

BIBLIOTECA NACIONAL



00814315

BIBLIOTECA NACIONAL

Sección Chilena

Ubicación

10.111/207-5A)

Año Ed.

1938

Copia

Registro Seaco

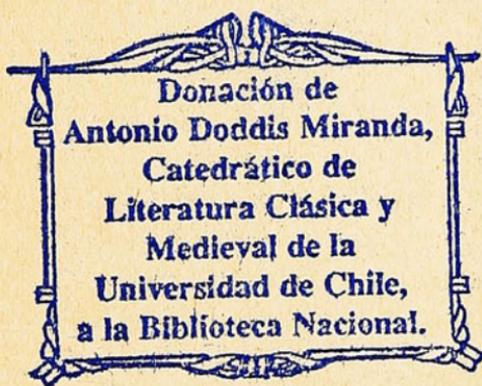
Registro Notis

407/55

407155

CUENTOS

PARA GENTE SIMPATICA



Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

C A R L O S V A T T I E R

CUENTOS
PARA
GENTE SIMPATICA



N A S C I M E N T O

SANTIAGO

1938

CHILE

Es propiedad
Inscripción Núm. 6322

N.º 1771

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento
= Ahumada 125 =
Santiago de Chile.—1938

En la composición de este libro no perdí ni empleé sino el tiempo que tenía establecido para tomar mi refección corporal, es decir, lo hice comiendo y bebiendo.—Rabelais.

* * *

Lo que hace reír a los demás hombres no me divierte, y lo que me hace reír no los divierte. Lo he notado en muchas ocasiones. Es que yo me doy la comedia en ciertos sitios íntimos donde nadie la busca. Gozo y me entristezco al revés, lo que me da muy a menudo un aire de imbécil.—Anatole France.

* * *

Si no me equivoco, ésta es la esencia del humorismo: discernir y sentir la sublimidad invertida de un mundo tonto.—Ramón Pérez de Ayala.

* * *

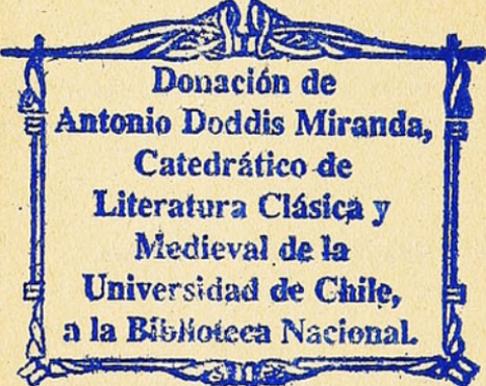
El humour es una lógica absurda.—Vicente Huidobro.

* * *

Porque no he recibido una educación académica, ¡yo! un inventor.—Leonardo de Vinci.

* * *

Lector, no gastes tu risa ni tu sonrisa. Yo pienso como tú. Los epígrafes son como esa solemne postura de la primera piedra, que nada tiene que ver después con el edificio.



Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

LA GRUTA DE LA CIMARRA ENCANTADA

Colegial, amigo mío, lee a escondidas este libro, porque tú sabes más que los grandes; léelo cuando te bagas el enfermo para no ir a clase, pues yo lo escribí haciendo la cimarra.

Si los pesados libros de estudio son necesarios, es también útil y maravilloso iluminar con la lámpara de Aladino la sonrisa del mundo.

Hay en el Cerro Santa Lucía—no es cuento—un niño encantado por haber hecho la cimarra. Si lees estos relatos, olvidándote de esas cosas serias que no revelan sino la poca seriedad del género humano, serás como él, dueño y señor de un jardín suspendido.

SOIREE CON MONSIEUR SATAN

Por qué me ibas a temer; tú bien sabes que no existo.—André Gide.

El Diablo tiene unas alas tan largas que San Pedro se las coge al cerrar la puerta del Paraíso. Sin embargo, cuando sube a la tierra, se le vuelven plegables como el corazón de los hombres. El Diablo es pálido, y sus dulces ojeras azules no son sino dos vestigios de su inquieta estada en el Cielo. El Diablo no usa cola. Las beatas calumnian porque no les hace nada. Y no es cierto que se dedica a martirizar a los réprobos; al contrario, dejaría de ser quien es si no hubiera querido verlos en la Gloria. Por lo demás, va perdiendo día a día su aterrorizada clientela. El pobre ya no es más que un forzoso globe trotter, condenado a profundizar lo que no le interesa.

Y cuando convence a los hombres de que él no existe, es que ha empleado la más diabólica de sus argucias, para tentarlos mejor.

Medianoche. El Diablo aprovecha las doce campanadas de sombra y asciende envuelto en una columna de humo. Ni él mismo sabe adónde va. Así, navegando en su nublada inconsciencia, atraviesa los muros del cuarto de un colegial. Toma aliento, palpa sin palpar el bulto de la cama y se desengaña. El adolescente ha dejado la almohada tendida entre las sábanas para que mamá lo contemple dormir por la cerradura. Un poco molesto, piensa:

—¿Qué hacer? ¿Salir a buscar como en el tugar-tugar? De ningún modo.

La estufa a parafina esparce un ligero hálito infernal y el sillón Voltaire parece decir: "Siéntate; soy muy cómodo. Aguárdalo; es muy simpático. ¿Serás egoísta hasta el punto de no reconocer sus diabluras...?"

Apenas hubo recibido la invitación muda de las cosas, el Diablo se decidió a esperar. Los minutos fueron quemándose como la me-

cha de la estufa. A las dos de la madrugada, menos ruidoso que un algodón, el estudiante saltó por la ventana.

—Buenas noches—dijo el Diablo con una sonrisa de complacencia que brilló como un fuego fatuo en la obscuridad.

—¡No grites, estúpido!

—Eres un mal educado. Hace ya dos horas que te espero y me recibes en las astas.

—Habla bajo, por favor. Mamá es muy liviana de sueño.

—¿De dónde vienes?

—Del Canario Encantado.

—¿A qué hora entras a clase?

—No te hagas el de las monjas...

—¿Pero, por quién me has tomado?

—No subas la voz, idiota. Voy a apagar la estufa. No se ve de humo. ¡Qué te costó hacerlo!

—Es que a mí me gusta el humo.

—Cállate, fósil. Si te duermes y llego más tarde, te ahogas. Además, sería bueno que regresaras mañana a tu casa. Es preferible estar interno que exponer a un amigo todas las noches. Pide perdón a tu padre, José, porque esta va a ser la última noche que te alojo aquí. Te falta apenas un año, y un año pasa volando. Desnúdate luego. Nos quedan cinco horas de sueño.

El Diablo aprovechó la circunstancia que le evitaba adoptar un desacreditado aspecto sobrenatural y, a favor de la obscuridad, se acostó junto al muchacho, desnudo como estaba desde la rebelión de los ángeles.

—¿Por qué no vas a un baño público? Apesta.

—El dinero que reuno es para comer—respondió Satanás, demostrando la absoluta comprensión de su papel de niño rebelde.

—Vendrás mañana a las seis; te cederé mi baño caliente.

—Gracias.

El Diablo procuraba no rozar con sus piernas escamosas las piernas heladas del estudiante.

—Conversemos.

—Bueno.

—He tomado mucha cerveza. Además, la excitación me quita el sueño. No pude estar con Lily hoy.

—¿Qué es el Canario Encantado?

—Un bar que hemos descubierto los del quinto año. La comi-

sión no pasa nunca por allí. El dueño nos cree mayores de edad y nos deja jugar dominó hasta que aclara.

—¿Por qué tiemblos? ¿Tienes miedo?

—Sí, al Diablo. Y, a propósito, ayer me expulsaron de clase por haber dicho que encontraba más simpático a Patas Verdes que a esos Angeles de la capilla, con las pelucas apollilladas y los cachetes pintados.

—Te arrojaron de clase como a Adán del Paraíso. Y todo por una tontería.

—Ni más ni menos. No eres tan tonto como pareces, ¿sabes?

—Tal vez. Pero, dime en serio, ¿crees en el Diablo?

El muchacho, apolotonándose en la cama, contestó sin vacilar:

—Tengo una opinión muy personal al respecto. Pienso que el Catecismo comete un pecado contra natura cuando humaniza, por decirlo así, al espíritu del mal en la horrible figura de Satanás. Porque, como tú bien recuerdas, en los mil ejemplos que nos han leído en clase de Religión, aparece un mismo demonio macho tentando a hombres y mujeres. Esto es absurdo, más que absurdo, feo e indecente. Sin embargo, con ayuda de mi buena fe, no titubearía en dar crédito a esta enseñanza si el Catecismo nos hablara de un Diablo y de una Diabla, no como de japonesas transfiguraciones de un ser masculino, sino como de dos seres distintos y competentes. Por lo tanto, mientras el dogma continúe inmutable, no me conviene creer en un Diablo de tan malas costumbres.

Aspirando aquel rejuvenecedor aroma de pubertad que despedía el muchacho por todos sus poros, repuso el Demonio con un resabio de vieja amargura:

—Eres más ingenioso que incrédulo, amigo mío; pero has de saber también que el Diablo fué el primer revolucionario cuyo *fin* no logró realizarse por carecer de *principio*, y que, cuando el alma de una sufragista o de una directora de liceo se alce contra Dios y gane prosélitos en el Cielo, sólo entonces verás a esa Diabla cuya actual inexistencia te induce a negar la presencia real de un pobre Diablo que no ignora que los hombres se tientan solos y a quien hace arder de santo rubor la impúdica precocidad de esta época.

Unos tímidos e impacientes golpecitos en la ventana detuvieron el inflamado lirismo de Satanás.

—¿Sentiste?—preguntó el estudiante.

—Sí, es el viento.

En el silencio nocturno resonaron los pasos de una persona que se alejaba calle abajo, gritando: ¡Mal amigo, mal amigo!

—Alguien riñe en la calle. Si no fuera por el frío, me levantaría. Dichoso de haberle jugado una mala pasada al amigo del colegial, el Diablo reanudó su filípica:

—Cuando el bueno, el inocente, el maravilloso demonio del susto infantil, que es la más transparente expresión de la pureza, sale por el mundo, regresa llorando de desilusión. Es que ha visto que casi todos los hombres tienen en el hornillo de su alma unos diablillos tan débiles, tan aborrecibles, que son incapaces de sostener un par de alas.

—Hablas como un hermano del Ejército de Salvación—dijo el estudiante, y añadió:

—Parece que los borrachos se cansaron de pelear.

Como era la primera vez que el Diablo hacía confidencias, estaba enternecido y no escuchó aquella soñolienta digresión. Además, quería aprovechar la oportunidad para darle unos buenos consejos a su nuevo amigo; pero un escandaloso ronquido lo substraigo de su propósito angelical. Pensó: "He sido un necio. La verdad es que los hombres no oyen ni los consejos del Diablo. La experiencia no es nunca una ciencia; siempre es una impertinencia".

Se filtró en el sueño del muchacho y desapareció.

LLOVER SOBRE MOJADO

Nada de lo que está sucediendo tiene la menor importancia.—Oscar Wilde.

El aire brilla y tiene a la mañana como tras un fanal. Los confines del circo de la ciudad se pierden entre la bruma que esponja los flancos de las montañas. Un soplo tibio de primavera hace tintinear las gotas de rocío en las flores rosadas de los cerezos. Dulce, silencioso, un automóvil resbala por el asfalto reluciente, donde se miran los rojos techos de los cottages. Debió salir muy temprano, pues lleva aún los cristales empañados con el aliento de la madrugada. Adentro, la calefacción hace más vivo el perfume y aumenta esa voluptuosidad que dormita despierta en el confort.

Terciopelo, piel fresca y una respiración tranquila, casi visible. ¿Una señora muy señora? ¿Una cocota lujosa? Simplemente, una mujer.

La afelpada elasticidad de los cojines ablanda más y más su abandono. En su sonrisa, como una pincelada para siempre, se adivina que apenas si piensa en nada. El imbroglio de Freud y las brujas de Macbeth la tienen muy sin cuidado.

Va a "hacer la caridad" y gana con ello. Unos cuantos pesos menos en el presupuesto para afeites y alfileres ahuyentarán los peligros de sus faldas, y devolverán a su cara esa lozanía matinal que va perdiendo en la vitrina de la ciudad.

Abre maquinalmente la cartera-perro y, entre un bric a brac de insignificancias, halla un pañuelo de hombre. Vuelve en sí, lo esconde, torna a sacarlo. Como tiene el monograma de un amigo de su marido, deduce que puede servir también para limpiar el vidrio del automóvil.

El humo gris de la miseria hiere sus ojos como una fogata de hojas podridas. Ha comenzado la teoría de ranchos, fábricas, establos, garitas y terrenos eriazos. Enternecida, piensa en las hadas con tacos de mostacillas que visitaban a las heroínas de sus primeras lecturas. Ella misma se siente un hada benefactora.

El auto va dejando atrás las hileras de árboles cargados de llovizna, cuyas lamentables siluetas se retuercen a la luz cruda del arrabal. Al torcer una esquina, el auto se detiene de súbito, con los frenos chillando.

La dama toma el fono y grita:

—¡Marcelo! ¡Qué...!

Entre nubes de polvo, estampidos de neumáticos, blasfemias y trozos de vidrio, el claxon brama, descargando la batería. Mientras el coche va y viene como una batelera y agita a la señora cual un saludable cocktail, se abren las portezuelas y surgen dos hombres grotescos, burlescos.

La dama es ya una heroína de Maurice Dekobra: ha perdido la cabeza. Atado al parachoques, lancinado por las amenazas, Marcelo no atina a articular palabra.

Una turba de terroristas sale a reforzar el grupo de asaltantes. En el silencio del despoblado, la Caramañola embravece al sol. Las camisas rojas no hieden a sangre fresca. Al contrario, para cierto sector en descomposición de la "buena" gente, tienen un irresistible sex-appeal, afianzado por el miedo que los empuja con un valor inconsciente hacia lo desconocido.

Apretándole la boca, a empellones, sacan a la dama del automóvil. Los carabineros sueñan su sueño verde.

Después de arrastrar el coche hasta un cobertizo vecino, todos entran a una casa de ladrillos. El interior es de un hielo siberiano. Las paredes están empapeladas con retratos de Lenin y caricaturas irrisorias de algunos jefes fascistas. En el centro hay una mesa rodeada de toscos asientos de álamo. Un farol a kerosén, el ojo nocturno de la conspiración, lucha con la luz que entra a raudales por la claraboya.

Comienza el interrogatorio. Habla el jefe de barba más dura. Por lo demás, todos son jefes al principio. Sólo que después se desplazan entre sí, como ocurre en ciertas familias de insectos, hasta que no queda ningún sobreviviente. En medio de este encarnizamiento de rivalidades, a pesar de la tenaz y respetable pureza de los visio-

narios, los que aprovechan la justa prosperidad del movimiento son precisamente sus enemigos más imprevistos.

—¿De dónde venía? ¿Qué la traía a estos barrios proletarios?

La señora se niega a responder.

—Con ese silencio estúpido no hace sino irritarme.

Una voz del grupo:

—Habla, oligarca.

La señora, pensando en la Tchecha y en la casa de Ipatiev, contesta suavemente:

—Iba a socorrer a mis pobres. La caridad...

—¡Caridad!—exclamó el barbón.—¿Llamas caridad tirar unos cuantos cobres por la ventana y cobrar en seguida cien pesos por la pieza de una cité nauseabunda? Al diablo tu caridad.

—Yo no tengo cités ni cobro nada a nadie.

—Pero tus amantes explotadores sí. Pagarás por ellos.

Los ojos azul violeta de la dama se aguaron como un preparado de acuarela.

—Con lágrimas no se redime al mundo.

—Mi marido pagará el rescate que ustedes exijan. Si es cuestión de dinero, él...

—¿Qué nos dará dinero? Cadenas nos dará.

Entonces la dama se desmayó.

Marcelo pugnaba por romper las ataduras e ir en su ayuda.

—Detente—rugió el barbón.—¿Por qué no estabas sindicado?

—No tengo necesidad—contestó el chofer.—Como demasiado bien en casa de esta señora.

Sonó una bofetada.

El juez se inspiró:

—Nosotros, cesantes hambrientos, víctimas del capitalismo, apóstoles mártires de una mística causa humanitaria, no exigimos botines cuantiosos, sino la ración de dignidad y decencia a que tenemos sobrado derecho. Ese repugnante pueblo rumano...

—Romano, camarada—interrumpió el coro, hacinado en el fondo de la bodega.

—Ese repugnante pueblo romano, que vomitaba para comer y comía para vomitar, tuvo la osadía de pedir pan con mantequilla y circo gratis. Nosotros queremos lo poco y mucho que se nos debe en justicia. Así como esta señora se toma el derecho de llamarnos "mis pobres", nosotros la llamaremos "mi rica" en toda la exten-

sión de la palabra. Y para que esto cobre una realidad inmediata, nos rifaremos su cuerpo oloroso, pasto de ociosos y sodomitas.

—¡Canalla!—gritó el chofer, indignado.

Sonó otra bofetada.

El coro de cesantes rodeó la mesa. El inquisidor tuvo un arranque de piedad. Se dirigió al chofer:

—Tú tienes también derecho a participar en este sorteo. Eres un rebelde, un aburguesado, un traidor, un imbécil; pero, en realidad, más carne de cañón que nosotros.

La señora volvió de su desmayo cuando la rifa tocaba a su fin. Marcelo era el favorecido.

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasa?

Con los ojos inyectados de bilis, el barbón hizo una mueca como una sonrisa.

—Nos hemos rifado tu cuerpo. Lo ganó tu chofer.

Hubo un silencio mortal. Y como la señora ya había reconocido en su casa los Derechos del Hombre, más ingenua que el agua, exclamó:

—Que se haga la rifa de nuevo; prefiero una novedad...

AGENDA 1900

El siglo XX comenzó en agosto de 1914.

Venus no necesitó tanta espuma para nacer.—Jean Cocteau.

Todo 1900 estaba cubierto de una alfombra con medallones, poblada de muebles blancos, palmeras asfixiadas, confidentes festoneados, escupitines de bronce y cuellos de goma con bigotes retorcidos, por donde salían los versos de pie forzado.

Sus habitantes, que huían en fiacre hacia el Oriente, tenían el corazón capitoné y una mirada dulce de lámpara a gas.

Parecía que a los hombres les quedaba siempre grande la chaqueta y estrechos los pantalones. Iban a Bruselas en bicicleta, dejaban las puertas abiertas, se afeitaban con navajas pavorosas y coleccionaban unas enormes pistolas que les servían también para limpiar el honor en algún bosque de los alrededores, a escondidas de la policía que gozaba con los duelos. El médico esperaba con sombrero de pelo en un coupé, mientras la amante, media ebria de Agua de las Carmelitas, se paseaba con el pelo suelto por la casa, dejando una estela de horquillas y llevándose las manos a los encajes que le colgaban del pecho a la moda.

Sus mujeres de medias negras, corceletes trenzados y refajos efervescentes, adornábanse con el adulterio como quien cuelga una cenefa y perdían el sentido bailando el french cancan. Si hoy en día hubieran salido a la calle en paños menores, la gente creería que iban en traje de ceremonia. Toulouse Lautrec llegó a pintarles hasta el olor a Opoponax.

Las solteronas les cortaban la cola a los trajes de baile viejos para bañarse en la playa; pero las mujeres de la vida salían de manto

como ellas. Las devotas iban a misa con un pedacito de alfombra y fabricaban unas pastas simbólicas que llevaban, escritas en aljófar, declaraciones como éstas: "Te vi ayer, Corazón Ingrato, Negrita de Oro".

Había en todas partes un ambiente floral de calcamonia. Era el país excelso del Agua Florida, de los No me Olvides y del Trébol agorero. La porcelana se retorció como el caramelo en los bibelots; el vidrio florecía en las tulipas rosadas de los mecheros.

Intoxicada de anilina paradisíaca, harta de crema salpicada con mostacillas, la vida humana pasaba por el mundo de las postales con un frenesí melindroso, sexual o astrológico.

Nada ocurría sencillamente entonces. Todo subía a ese proscenio del tiempo y sus sucesos que es la efeméride. Y había una familiaridad hasta el enternecimiento en la nomenclatura periodística. Al viejo diario "El Ferrocarril", siguió, por ejemplo, "El Ferrocarrilito". Pero no hay que extrañarse. No hacía mucho habían aparecido—para deleite de los caballeros con peinado a la "carré" y bigotes endurecidos de cabo—"El Pan del Espíritu" y "La Abeja".

1900 fué un templo rococó a "la cita"; un gran ballet psíquico; el Olimpo de los figurines y los figurones; un álbum guateado de fotografías correctas, ridículas y encantadoras, como describía Verlaine los jardines de Le Nôtre.

Las rositas finas se hundían en el azul encrespado de los chalecos de fantasía; los paquebotes con nombres de países surcaban los océanos como pesados cetáceos y la Reina Victoria todavía saludaba a sus súbditos con un vaivén de mar imperial.

A pesar del Progreso súbito y del Liberalismo carbonario que el siglo XIX seguía gritándole al oído, 1900 fué la edad comedida de los paseos silenciosos y rituales en torno a las plazas de la ciudad; las niñas, por un lado, los jóvenes por otro: las niñas venían, los jóvenes iban. Los músicos del regimiento que amenizaban con los Saltinbanquis, Sobre las Olas y El Anillo de Hierro, tenían algo de soldados franceses desvestiéndose. En los carnavales de primavera, Pierrot debía llorar a lágrima viva y untar su pluma en la luna, como en una polvera sideral. Las serpentinas y los confetis esparcían por el aire los deseos tricolores en los corsos. Estaban de moda las tómbolas, los cotillones y las kermesses de caridad. En una de esas fiestas ardieron las mangas de globo de todas las señoras y casi se acaba 1900.

El misterioso claroscuro que creaba en las calles el farol a gas,

entregaba los cuadros ya hechos a los pintores. Y oír de noche el trote agrio de los caballos sobre el empedrado, producía un placer semejante al de escuchar la lluvia desde la cama o el joyero con música de la abuela en el fondo de la casa.

El Art Nouveau aspiraba con deleite las volutas intrincadas de su gran novedad; las Pillules Orientales confeccionaban el milagro de aquellos senos que los poetas llamaban ebúrneos y las damas tejían por dentro y por fuera algo que debió llamarse forzosamente macramé. Se obligaba a las estatuas célebres y dignas de descanso a sostener faroles en las posturas más incómodas. Los relojes marcaban un tiempo de vals y la vida afectiva tenía también ventanas de cristal, cegadas con papel glacé. Los espejos parecían lagunas colgadas en la pared y los peinadores con faldas de satín, recogidas por cintas de moiré y juegos completísimos de tocador, tenían un no sé qué de la Fille de Mme. Angot.

Para los jóvenes que ostentaban una llave de la puerta de calle, las "mujeres diablas" eran una especie de cuadrado de la hipotenusa excitante y peligroso. Los amantes de los parques, un poco atacados ya del mismo baile de San Vito que sacudía a las parejas de las primeras películas, disfrutaban de sus placeres furtivos bajo los quioscos y los templetos rústicos.

Aunque Ponson du Terrail y Javier de Montepin se olvidaran de que ya habían matado en el primer tomo al héroe melodramático que volvía a aparecer en el décimo, la juventud se entregaba al engaño como en brazos de un delicioso estupefaciente.

Como el Naturalismo—ese violento romanticismo de la basofia—seguía comiendo tierra, algunos espíritus sedientos de liberación se habían alzado del suelo en los coturnos griegos del Parnaso, para transfigurarse luego en un espacio mágico, cubiertos con los velos misteriosos del Simbolismo.

El trato social y las relaciones familiares presentaban las características de un cuadro puntillista, pese a las visitas interminables, a las comidas pantagruélicas y a las tandas verdes para jóvenes mayores de cincuenta años:

Caballero de gracia me llaman, y efectivamente soy así...

La neurastenia era una enfermedad en boga muy chic, y la gente murmuraba en los salones que si Pasteur no hubiese inventado los microbios, éstos no existirían.

"Il ne faut pas parler devant la domestique", decía la mamá, pero la sirvienta, escuchando detrás del biombo japonés, compren-

día que no iba a durar mucho si volvían a sorprenderla con el mismo bombero.

"Il ne faut pas parler devant les enfants", exclamaba el papá; pero los niños sabían de memoria el florilegio de aberraciones de Oscar Wilde, deshecho ese año en el hotel d'Alsace, como una fabulosa gardenia pisoteada en el barro.

A la salida de la Opera, la gente conmovida se soñaba viviendo en un castillo de melodía, muy parecido a una pastelería con mesas de mármol, al delirio de una marquesina de vidrio o a esas jaulas con varillas de cristal, repletas de pájaros embalsamados.

Los victorias, los vis-a-vis y los mail-coach, con las capotas llenas de flores frescas, desfilaron por el parque oloroso a tierra mojada, rebosantes de primos y primas.

Las niñas 1900 tenían el traje, las cintas, el pelo y los ojos crespos. Jugaban a la escondida en esos roperos como casas y le tenían un susto atroz al monstruo infernal del califón a leña. Lo repetían todo y volaban como mariposas vestidas de niñas por el Jardín de Aclimatación.

Los niños se morían de frío en el colegio, adoraban a su mamá, se retrataban con un bastoncito y miraban desvestirse a la institutriz por el ojo de la llave. Muchos de ellos sufrieron como Jack y Poquita Cosa en aquel tiempo.

Los "jóvenes bien" aprendían esgrima, hacían participar demasiado al cartero en sus amores y comentaban las primeras reglas del box, dadas por el terrible marqués de Queensberry.

Sentadas en un canapé frente a su retrato puesto en un primoroso caballete de pintor, las señoritas hacían flores de mano, fabricaban cortinas con cuentas y forraban en felpa esas consolas donde se colocaban una Torre de Eiffel en miniatura o un termómetro sostenido por los picos de dos palomas torcaces. Pintaban también pajaritos en paletas de porcelana, para ponerlas en la pared floreada, sobre un marco de terciopelo. Lloraban leyendo y hacían venias bailando cuadrillas y lanceros.

El polen aéreo de los prados llegaba hasta su nostalgia flotante. Eran otro orden de flores. Y nunca las flores se han apegado tanto a su vida como entonces. Marcel Proust se extasiaba mirándolas pasar envueltas en la luz rosada que fluía del pequeño cielo de sus sombrillas.

La velocidad máxima no las llevaba muy rápido; por eso el paisaje de aquella época fué, de veras, un estado de alma.

Los caballeros de levita gris, leontina dorada y puños tiesos—como sus sobrevivientes de hoy en día—imponían la urgencia de sus partidos políticos, como quien habla de una demarcación geográfica o de una panacea universal.

El odioso siglo XIX no acababa aún de clavar los barrotes de su prisión ideológica y moral. Y si en todo 1900, como durante los quince años que le siguieron más o menos a su imagen y semejanza, las líneas fundamentales se empastelaron de yeso pintado, la imitación substituyó a lo auténtico, y la "loca de la casa" llenóse de perifollos, fué porque lo esencial, a fuerza de subir a emborracharse a la superficie de las cosas, formó el vacío interior y se volvió postizo, esencialmente postizo.

COMO SI FUERAN MIS RECUERDOS

Federico aspiró con todas sus fuerzas aquella frescura, saboreando ese buen aire de París, que parece contener efluvios amorosos y emanaciones intelectuales.—Gustavo Flaubert.

El poder de este buen aire manturo la sonrisa del abuelo y dirigió la educación sentimental de mi padre, que debió toparse muchas veces con los discípulos del héroe de Flaubert.

Cuando, de sobremesa, recuerda él su adolescencia, es como si destapara un frasco antiguo, cuyo intenso perfume nos evoca un tiempo que hemos soñado vivir. Las cenicientas imágenes de París van desarrollándose en sus palabras, a través de las volutas azules de su cigarro. Es el París edificado por París bajo un cielo sensible, cuyos matices tienen graduaciones de sentimientos; el París de muros renegridos y faroles conspiradores, impersonal a fuerza de tanta personalidad.

Las corrientes tibias de sus calles llevan señoras con mangas ajamonadas, sombreros de tres pisos y cinturas reducidas a la más simple expresión; caballeros de hongo y leva, que tienen mucho del pingüino rey; lamentables muchachitos perdidos en la inseguridad de una moda que les roba la juventud del cuerpo y del alma.

Este París de Félix Faure no hiede a bencina mezclada con alcohol y ofrece al cielo sus dulces colinas desbordantes de artistas. El narghiléh donde burbujan las rosas de Oriente y las escuelas del adulterio de los Margueritte y Maurice Doné, produce a los parisienses un amable placer que deja en la comisura de su sonrisa una fina melancolía.

Frakson, el chansonnier, pone en solfa la risa seria de un inglés. Después de Fashoda, ya no hay solfa, no hay música que valgan...

Las carteleras anuncian la última temporada de Sarah Bernhardt: "Théroigne de Mericourt, l'héroïne de la Révolution!"

Los franceses no pueden romper el hechizo de la voz de oro de la divina Sarah. En sus charlas de hombres que olvidan, pero que saben también recordar que han olvidado, hay un ligero rumor del tableteo del 70. La estatua de Alsacia y Lorena, cubierta de velos negros, es un sarcasmo en medio de la exaltación patriótica del 14 de julio.

"¡A l'Elysée Général!"—grita, enardecido, el batallador Paul Dérouléde, pero se estrella con el intachable general Roger, que desenvaina su espada y hiere al poeta del "Chant du soldat".

Briskas, tandems, simones, wurts, coupés, tilburís y dog-carts recorren las calles de París, dejando su humeante y verde sedimento. La atmósfera se enciende con la chispa de sus cocheros que van como en anda y son la sal y pimienta de los bulevares. Las castañas se ablandan y crepitan las papas fritas en los braseros de las esquinas. Las violeteras y los vendedores de cacahuets asaltan las terrazas de los café-cantantes. Y cuando París se acuesta, la rosada marea del alba arroja esas inverosímiles viejecitas de desván, tan pícaras, tan bonitas, tan fastuosamente miserables, que parecen apariciones de la Corte de los Milagros.

Mi padre tenía entonces dieciséis años. Era un ciclista de primer orden, un corredor infatigable, condenado a beber griego y a comer batallas en el muy rígido y aristocrático liceo de Janson Saily. En sus pupilas de niño franco-americano ardían las imágenes del suave y bárbaro encanto de nuestra naturaleza.

Los domingos salía a casa de Sarah Bernhardt, su apoderada. El Barón de la Ramée, mi abuelo, fué uno de los amigos más serviciales que tuvo la gran trágica en los albores de su carrera teatral. Hasta muy poco antes de morir en este "dernier coin du monde" recibió sus deliciosas cartas. Entre los amarillentos papeles de su escritorio encontré un retrato de madame con esta curiosa dedicatoria: "A mon cher ami Vattier, je dis cher, et honni soit qui mal y pense".

El feo y mimético Marqués de Talleyrand, después de felicitar a mi bisabuelo, el Barón Charles Melchior Vattier de la Ramée, ayudante de campo de Napoleón I, por su nombramiento de Gran Oficial de la Legión de Honor, entre otras cosas muy agudas y socarronas, le decía en una carta que conservo: "Mi joven amigo de tantos

años, los que, como usted y yo, pertenecemos a la antigua y recalcitrante nobleza de Francia, no hemos perdido por completo la noción del *decorado*. ¿No le parece que este *último* está recargándose en exceso?"

En un tono muy parecido, pero viviendo el azar histórico al revés, debió hablarle la Reina Hortensia durante la Restauración, en su castillo de Arenemberg, donde lo colmaba de obsequios. Pero ella nunca fué más altiva que como simple duquesa de Saint-Leu.

Tal vez por esto es tradicional en nuestra familia la amistad con artistas y literatos. Mi bisabuela fué la madrina de Victoriano Sardou. En todos sus retratos tiene madame la Baronne una sonrisa muy afilada, donde debió mojar su pluma, cuando, poco antes de Sedán, escribía a la condesa de Cunchy (1), su hija mayor, que pasaba una temporada en Compiègne, al lado de la Emperatriz: "Que Su Majestad Imperial se procure un poderoso reconstituyente para la debilidad del Emperador, que vigile los peligrosos insomnios de nuestro augusto señor, porque si Francia es fuerte de brazos, tiene, en cambio, la cabeza perdida. Rompe esta carta y perdona las imprudencias de tu vieja madre. No te hablaré más de cosas de Estado, pues el príncipe José Napoleón demuestra mucho juicio cuando dice que el que habla de política más de un cuarto de hora, ya no sabe lo que habla..."

Como se ve, el chauvinismo no encontraba cabida en su corazón de mujer previsora. Su pequeña visión política de dueña de casa tenía resonantes proyecciones. ¡Si el Emperador hubiera oído sus consejos, si hubiese oído los consejos de alguien!

La correspondencia de mi bisabuela María Hermann, acuciosa, incisiva, impertinente, tiene mucha semejanza con la de la Grande Mademoiselle y habría hecho gozar a Saint-Simon y a Madame de Lafayette, los minuciosos psicólogos precursores de "A la recherche du temps perdu".

Yo hubiera querido sorprender el secreto del inagotable *esprit* de mi abuelo Carlos, cuya viva fantasía cobró una realidad poética en la locura temeraria de las minas. Relatando sus viajes por Sud-

(1) María Amelia Vattier de la Ramée contrajo matrimonio con el príncipe de Gaves, marqués de Sainte-Marie y conde de Cunchy. Fué, a juzgar por los retratos de Winterhalten y Charles Chaplin, una de las bellas damas de honor de la Emperatriz Eugenia. El conde de Cunchy era hijo de la condesa de Liedekerke de Beaufort. María Amelia Vattier murió el 1880 en su castillo de Bayenghem.

américa, con un exotismo muy bien condimentado, debió embrujar a su círculo europeo, en el que figuraban el Zar de Bulgaria, compañero suyo en Louis le Grand; el Duque de Dino, que estuvo en Chile; el Príncipe Sterhazi; el fino diletantti conde de Runczúnsky, el Conde Potoka; los Polignac; el cáustico Rochefort; el célebre Gastón Jolivet; la Duquesa de Bazano; la Condesa Madeleine de Ribaud, nieta de la Malibran; en fin, un desfile de gente digna de recordarla.

Mi padre lamenta hoy no haber puesto más atención a las conversaciones de la eterna tertulia de Sarah Bernhardt. Pero, en aquel entonces, el famoso hotel del boulevard Pereire no era para él sino la temible casa de la apoderada. No obstante, recuerda los nombres de algunos amigos de confianza: la princesa Terka, que casó después con Maurice Bernhardt, un rubio enfermizo y medio cojo, gran campeón de florete, cuya afición a la hípica mermaba las cuantiosas rentas de su madre; Edmond Rostand, Pierre Berton, Paul Hervieu, André Bellesort, Paul Bourget, Massenet y Sardou.

De tarde en tarde, cuando mi padre amanecía con la buena estrella dominical, encontraba allí a la Princesa Matilde Bonaparte o al conde Robert de Montesquiou, quien, esgrimiendo los más preciosos y distinguidos impertinentes de "Chef des odeurs suaves", aseguraba que los ojos de ese niño americano tenían la misma tonalidad de "cierta rosa verde que crece en el corazón de los Andes".

Después del almuerzo Sarah tomaba el café encucillada en la piel de un tigre cazado por ella. La "reine de la attitude et la princesse du geste" bebía agua con árnica y hablaba de todas las artes con una verba exasperada, con esa inestabilidad de su juicio que sufría profundas y cotidianas metamorfosis a la luz de las candelijas. Atroces afeites dañaban su fino y extraño rostro judío.

Mi madre la conoció en plena decadencia física. Un inexplicable escalofrío, mezcla de asco, de miedo o de admiración, producíanle los besos que la gran actriz prodigaba en sus mejillas. Hablaba con un vago acento inglés y tenía algo de la enferma todavía consciente que lucha con la anestesia. Era una lastimosa gloria universal.

Los domingos regalaba a mi padre un vale para el Renaissance. Aquello era muy distinto a comprar la butaca y calentarse caramente al sol de sus triunfos. M. Pitou, su administrador, entregábale la entrada en la oficina del teatro. El insolente "potache" la ven-

de en seguida a mitad de precio. Sarah Bernhardt no supo nunca que había estado premiando con París al ser más refractario a las declamaciones.

En la primavera de ese año, cuando el aire frío se quiebra como una cortina de vidrio y deja pasar las cálidas y olorosas bocanadas del Bois, Sarah partió a Inglaterra, mi padre cambió de apoderado, y empezó a vivir una de sus más divertidas aventuras.

El viejo edificio del liceo Janson Saily está situado en la calle de la Pompe. Mi padre, para matar la mañana, hacía el trayecto a pie hasta la avenida Víctor Hugo, y continuaba deambulando hacia la plaza de la Estrella. Su estómago vacío iba marcando la distancia.

En un bistró de cocheros, frente a cuya puerta había una hilera de fiacres de arriendo, almorzaba por un franco cincuenta "Boeuf a la Mode", "Ragout", café y peor vino, pero más abundante que en casa de su nuevo apoderado, quien, como Renán a su íntimo amigo Bertelot, lo trataba de Monsieur.

El segundo domingo había ya entablado amistad con un cochero gordo, de nariz roja y respingada, zuecos de palo, chistera de hule y una bufanda que hacía arder su pescuezo congestionado.

—Mon bon potache, je te paye una fine!

Esa fine era la copa de coñac con que celebraba sus ganancias matinales. Una vez que hubo consumido varios tragos, se ofreció para llevarlo gratis hasta el bulevar de los Italianos, no sin haberle advertido antes:

—Cuando veas que un peatón me hace señas, te bajas del coche...

El buen cochero repitió tamaña largueza los cuatros domingos siguientes. Mi padre se lo agradecía de todo corazón, pues así llegaba a tiempo al Parisiana, donde Ana Tibaud dislocaba a los muchachos con sus descotes asollamados, sus incitantes medias negras y la polka "Les Blondes" del popular Delmet. El Parisiana los abastecía de imágenes voluptuosas para los insomnios de la semana.

Trin-trin-trin, sonaba la campanita del fiacre, mientras el auriga apoplético alentaba a los caballos más flacos del mundo:

—Hu, cocotte! Hu, cocotte!

Pero el quinto domingo, al pasar frente a la Magdalena, el fiacre se detuvo de súbito.

Saltó el cochero y sacó de una oreja al colegial.

—¿Por quién me has tomado, spécè de sale potache? ¡No te das cuenta, imbécil, que si los clientes te ven dentro del coche,

creen que va ocupado. Potache du diable!! Je vais prévenir mes copins!

Volvió a trepar al pescante y siguió muy tranquilo:

—Hu, cocotte! Hu, cocotte!

Y aquí termina esta anécdota que no demuestra precisamente la ligereza del genio francés.

LOS HEROES YA ESTABAN CASADOS

Acto seguido de reconocer su calidad de héroe extraoficial, un tumulto de conservadores, comunistas, nacistas, demócratas, fascistas, anarcosindicalistas, comefrailes y tragaldabas, después de pasearlo en andas por las calles principales de la ciudad, fueron a depositarlo a su casa.

El héroe, como todos los héroes, no se daba cuenta exacta de su heroísmo, pero tenía hambre y merecía un descanso.

La masa, inquietante y solemne como una cerrazón de nubes, se detuvo frente al edificio, enarbolando sus estandartes y llenando el aire con los truenos de su entusiasmo. Algunos vecinos curiosos miraron con el rabillo del ojo, pero cerraron rápidamente las ventanas, creyendo que se trataba de alguna revolución mensual.

Como el héroe había crecido en el concepto popular, tuvo que agacharse para tocar el timbre de su departamento. Sentía un júbilo casi lírico, pero una sensación confusa, muy parecida al miedo de llegar a comer a deshora, acabó por angustiarse decididamente.

Manos en jarra, con delantal a cuadros, crespos enroscados con papelititos y el bozo enfurecido, su mujer lo esperaba en la puerta del comedor.

La sopera humeante decoraba la escena con toda propiedad.

—Buenas tardes—se atrevió a decir el héroe.

Pero la mujer había cultivado su bilis desde la hora del almuerzo.

—No te he dicho, estúpido, que avises cuando te quedas a almorzar fuera.

El héroe quiso hacer uso de su heroísmo:

—Los acontecimientos me han colocado... La rueda de la fortuna... Un misterioso poder...

Así abortaban todas sus grandes frases.

—La sopa se enfria—exclamó la mujer.

Asustada de no enfriarse después de una orden tan perentoria, la sopa se enfrió.

Entretanto, la algazara del pueblo subía afuera como un oleaje. Los vivas y los hurras trepaban hasta el comedor.

—¿Qué bulla infernal es esa? No, francamente, ya no se puede vivir en este barrio.

—Pero, hija, ¿no has leído entonces los diarios? El viernes pasado, yo solo, arriesgándome...

—Tú estás cada día más loco. Ninguna mujer decente lee periódicos.

Al héroe se le llenaron los ojos de lágrimas. Mientras tomaba su sopa, pensaba: "Esto que me está ocurriendo, no será lo que llaman *materialismo histórico*".

En ese momento, contra viento y marea, como sucede cuando alguien tiene preparado su discurso desde hace días, uno de los manifestantes apareció en el umbral, papel en mano.

—Señora, si Carlyle viviera, aprovecharía a su marido para aumentar el número de páginas de su obra cumbre. Es un héroe. La trompeta de la fama resuena desde vuestra casa. Y si a usted le cabe el honor y la dicha de ser la dulce compañera de la vida de nuestro ídolo...

Pero, cortándolo en seco, la mujer exclamó fuera de sí:

—¡A mí no me vienen con cuentos! ¡Este es el colmo de los colmos! Ya ni en su casa tiene tranquilidad una. Es la última vez que tolero esta clase de atropellos. Y todo por culpa de este idiota que Dios me ha dado por marido. ¡Héroe ahora! ¡Héroe, un tipo que rompe todos los calcetines en el mismo sitio y me deja a los niños en corriente de aire!...

EL MAS ALLA

Uno de esos empecinamientos de idiota que son actos de genio.—Gustavo Flaubert.

Era albino, olía a subterráneo y se llamaba Silvestre. Nació en Año Nuevo, pero su madre, conservadora intransigente, lo bautizó con el nombre del último santo del año pasado. Parecía ser flojo y de mal humor, mas era activo y no sabía enojarse. Aparentaba tener mucha edad y una buena jubilación, pero era relativamente joven y nunca fué empleado público ni particular. Su padre sí que disfrutó de la protección fiscal, desempeñando con verdadero entusiasmo su cargo de cuidador del Cementerio.

Por eso la afición de Silvestre a las cosas de los muertos databa desde su infancia. Cuando habitaban la casa vecina al camposanto que les daba el gobierno, lo paseaban en un cajón de azúcar con ruedecitas por entre las tumbas o la dejaban tendido en un nicho vacío, chupando su mamadera. A causa de esto, Silvestre hubiera querido suceder a su padre, pero éste murió cuando a él no le apuntaba el bozo. Tuvo que contentarse con servir de acólito en sus funerales, temiendo los reproches del difunto que, por desgracia, no pudo enterrarse a sí mismo.

Expulsada de la casa que meció las aspiraciones infantiles de Silvestre, la madre tuvo que arrendar otra en la calle Panteón, para vigilar desde cerca el sueño del jefe de la familia. Pero pronto tuvieron que emigrar. Las tonadas y las disputas de los borrachos del "Quitapena" acabaron por enloquecerlos.

Pero, ¿a dónde fueron después? ¿Qué fortuna corrieron hasta el día en que Silvestre surgió de las tinieblas, vistiendo la misma levita negra con que habrían de enterrarlo, casado y llorando la pérdida

de una hija? Tal vez sea más prudente no averiguarlo. Es una manía sacrílega y demasiado humana la de pretender aclararlo todo. Basta saber que Silvestre había llegado al paroxismo en sus sombrías aficiones.

Los sótanos ya le habían sacrificado sus sombras húmedas, sus arañas y sus sotanas. En efecto, no lo emocionaban ya sino los suicidios, los crímenes nocturnos, las historias de aparecidos y los percances de las personas que se quedan encerradas en los cementerios. Estaba siempre al corriente del último sepelio, de las disposiciones testamentarias de los moribundos ricos y de las misas para el descanso de las almas cuyos cuerpos se encargaba él de hacer descansar. Llevaba una estadística perfecta de la oración fúnebre, empapada en lágrimas de cocodrilo y llena de citas inventadas de un posible heredero; de los estertores agónicos que agitaban la ciudad; de las esquelas funerarias de los periódicos y de los deudos consolados al fin y al cabo. Hablaba del arte del féretro a través de la historia; de los inconvenientes que presenta el no tener un nicho perpetuo; de la excesiva sencillez de los sepulcros protestantes y del nuevo invento yanqui de un ataúd con mangas.

No toleraba las incineraciones y siempre estaba dispuesto a vestir y afeitar muertos.

Los domingos salía de paseo en uno de esos postines que parecen ir escoltando a una carroza invisible. Celebraba el día de los muertos con luminarias, cohetes y comilonas. Pero la que le proporcionaba mayor alegría era esa ocasión de poder enviar un pésame que, invariablemente, iba redactado así: "Un saludo triste".

Su mujer se avergonzaba de él, su mujer maldecía la hora en que creyó enamorarse del "desenterrado", como lo apodaba el barrio entero. Pero también era cierto que en aquella época estaba ella en los huesos y... De todas maneras, estaba cansada, aburrída de bostezar en la intimidad marital de un hombre sano que, cierto día, persiguió a un desconocido en un entierro de primera clase, para pedirle que lo recomendara a la viuda, pues el finado, según sus cálculos, era de su misma talla y calzaba cuarenta como él...

Silvestre se dejaba reprender, veía el sacrificio de su mujer, pero una vez terminadas las escenas domésticas, se hundía de nuevo en su necrofilia.

Y nada tenían que ver el Cielo, el Purgatorio o el Infierno con sus meditaciones, ni lo inquietaban tampoco las hipótesis del Más Allá. Errado andaría, pues, el que viera en Silvestre a un filósofo

que, meditando en lo transitorio de la vida, se ocupaba de las moradas y del estado en que han de quedar los mortales por los siglos de los siglos. Al contrario, lo que a Silvestre interesaba era la realidad de la muerte, el cadáver como cadáver. Se entretenía con los acontecimientos que genera una defunción, disfrutaba de la variación espectacular de la existencia que provoca una muerte, es decir, vivía la vida terrena de los difuntos. Por ejemplo, cuando se refería a la Morgue, no se le ocurría considerar su terrible aspecto sentimental, sino que la concebía únicamente como un establecimiento con espléndidos refrigeradores para conservar los cuerpos, lleno de adelantados higiénicos, casi alegres. Y aunque diera la sensación de que no vivía ni comía en ningún sitio normal, y que volaba de noche como un cuervo, era un sólido positivista capaz de penetrar hasta la médula de ciertos sucesos que tienen un pie en este mundo y en lo arcano el otro.

Cuánto habría agradecido Silvestre el acierto macabro de psicología administrativa de un gobierno que le hubiese creado el mismo empleo de "Proveedor de difuntos y ausentes" que Camoens ejercía en Macao, donde escribió los Lusíadas para martirizar a los niños portugueses.

"Todo lo que nace—dice Gibbon—lleva dentro de sí los elementos de su muerte". Silvestre llevaba en abundancia y con verdadera satisfacción estos elementos tan poco agradables. A causa de esto, no era raro que llevara también, en la cripta de un bolsillo, su papeleta de defunción, con la formalidad de la fecha en blanco. Por este mismo motivo, cuando lo operaron de apendicitis, parecía que estaban haciéndole la autopsia.

—Silvestre.

A la luz que despedía el olor a pescado añejo de un candil de acetileno, Silvestre preparaba la armazón de alambre para una corona. Un vecino de buena voluntad le había confiado el ornato de la capilla ardiente de su angelito. Sus ojos fosforecían como los fuegos fatuos de una osamenta. Fosforecían de complacencia.

—Silvestre.

—Mujer.

—Tengo un mal presentimiento.

—No le hagas caso.

—Deja ese tono de resucitado y atiende.

—¿Qué quieres?

—Me ha dado un vuelco el corazón, Silvestre. Juraría que a alguien le ha pasado una desgracia en este momento. Dios nos avisa a las mujeres.

—No metas a Dios en cuestiones de mujeres.

Pero el presentimiento es la voz de la fatalidad. En efecto, a la media hora, un mensajero trajo una carta que decía así: "Señor Don Silvestre, permítame compadecerlo, aunque no lo conozca. Le escribo para advertirle que tiene una mujer digna del vampiro de Dusseldorf, del horno de Landrú, de Hartmann, el destripador. Me ha perseguido durante dos años consecutivos como una mosca tsé-tsé, y si alguna concesión le hice, de la cual me arrepentiré toda la eternidad, fué para bien suyo, admirable Silvestre. Le ruego que le repita hasta el cansancio que no me he suicidado por ella. Acabo de cometer una estafa sin el largo estudio de costumbre. Me enredé en mis propias redes. Es una lástima; y como no quiero dejar duda acerca de mi buen gusto, le envió esta fotografía que recortó ella de su retrato de bodas, dejándolo a usted conpungido y solitario como un solterón infeliz.

Le repito: no me he suicidado por ella. Las mujeres creen que todo se lo merecen; pero, en vida, ni el asiento en los tranvías les he ofrecido.

Cuando reciba esta carta, estaré ya en el limbo, bautizando criaturas, para que vuelen al Cielo y me dejen en paz. Firmado.—*René*".

Sin inmutarse, Silvestre entregó la carta a su mujer. Y mientras la leía ésta, sincronizándola con alaridos, reanudó él su amable tarea.

Viendo la feroz indiferencia de su marido y su falta de agudeza para apreciar aquel sarcasmo, sintiendo como una bofetada la atmósfera de poca seriedad en que se desarrollaba el desenlace de su adulterio, irrumpió como un volcán:

—¡Imbécil, cretino, que ni siquiera seas capaz de expulsarme del hogar! Di algo, pégame, insúltame. Pero, ¿en qué estás? ¿Qué te parece todo esto?

Mirando por encima de los anteojos, Silvestre murmuró con su calma habitual:

—Me parece que no valía la pena gastar un presentimiento en anunciar la muerte de una persona tan mal educada.

Cuando la mujer volvió del desmayo, Silvestre estaba pegando el retrato de bodas.

—¡Pobre hija mía! Le he dejado la tumbita hecha un jardín.

Silvestre se derretía de ternura en el aniversario de la muerte de su niña prodigio. Y, en realidad, había sido un portento la criatura. Rizada como un cordero, pálida como un pájaro pálido, a los siete años, como a una muñeca demasiado crecida, era necesario darle unos golpecitos en la espalda para que dijera papá y mamá.

—¡Pobre hija mía! Tendrás azucenas frescas toda la semana. He vertido un poquito de sal en cada florero.

En eso entró su mujer.

—Silvestre, vengo a avisarte que no duermo en casa esta noche.

—¿Por qué?

—Es que tengo una prima, sí, una prima que está agonizando. El médico asegura que no pasa la noche. Creo que mi deber es acompañar a la pobre tía.

—¿Cómo no me habías dicho antes que tenías otros parientes cercanos?

—Debiste pensarlo. Hay cosas que se suponen. Adiós, Silvestre.

—¡Qué te cuesta llevarme! Puedo serles muy útil en este trance.

—No te llevo. Las pondrías nerviosas.

—Vete sola, avara.

La tarde, cálida y espesa como una magnolia, prometía una profunda noche de amor.

Epílogo fuera de la vida

Un día, sin contárselo a nadie, rindió el alma la mujer de Silvestre. A los dos años, como buen marido y más autorizado que ninguno, murió Silvestre. Su espíritu, ingrávito como una pompa de jabón, voló al Más Allá, contraviniendo su congénita falta de curiosidad.

A pesar de su modestia, se sintió orgulloso del júbilo que produjo su ligera ascensión en el Reino de los Cielos. Los Angeles formaron un coro de luz en su honor y las Vírgenes le enviaron una esquila de desagravio. No obstante, un hondo pesar empañó su beatitud celeste. Cuando preguntó por su mujer al Bienaventurado de mejor voluntad, éste le respondió que se había condenado. Pero, a pesar de poseer ya una clarividencia absoluta, Silvestre no adivinó el motivo que obligó al Todopoderoso a ejercer su justicia con tanto rigor.

—Siervo Silvestre—exclamó desde su trono el Eterno—sé que fuiste en vida un fiel propagandista de la muerte. Pide lo que más te agrade y te será concedido.

—Señor—respondió Silvestre—mándame de nuevo al mundo para volver a agonizar.

EL MAS ACA

Uno de esos hombres que no se marchitan nunca, porque nunca florecieron.—G. Bernard Shaw.

Pasó la niñez dormido en el regazo de una tía soltera. Su ardoroso despertar naufragó en la dulzura sofocante de las caricias de esa virgen que, a los cincuenta años, comenzaba a vislumbrar lo que debía haber experimentado a los veinte. Perdió su adolescencia en un colegio mixto, donde, gracias a la ingenua promiscuidad y a las constantes friegas mentales, no son hombres los hombres ni mujeres las mujeres. Militó en un regimiento de caballería para ganar kilos y perder gran parte de su poco talento.

Cuando, al cabo de un año, obtuvo su carnet de licenciamiento y se vió libre en traje de civil, mayores eran sus deseos de comer en platos de loza que su odio a la Sociedad de las Naciones. Meses después, disfrutando ya de esa ansiada comodidad que tía Eulalia le ofreció con verdadero delirio, recordaba sádicamente las hediondas caballerizas, las noches de plantón, los gritos marciales, las groserías de los sargentos, el rancho frío, los juramentos a la bandera, en fin, todos los pormenores de la vida de ese laboratorio de la angustia humana, donde se aprende a morir por orden de estatura.

A la buena lumbre del hogar, los malos recuerdos le duplicaban el bienestar del presente, iluminábanle el porvenir. Y desde que dejó el regimiento, llevado, sin duda, por un subconsciente deseo de fortalecer su masa gris, comenzó a leer libros sobre teosofía, magia negra, economía política, espiritismo científico, reencarnación de las almas; a estudiar la máquina sin tornillos del Cascarón Astral, que es el aeroplano místico de los Rosa-Cruces.

La primera noche se despertó sin poder dilucidar esta terrible in-

cognita: no sabía si los caballos del cuartel reencarnaban a antiguos jefes o si los jefes actuales reencarnaban a antiguos caballos de jefes militares. El sueño le robó la angustia de la incertidumbre. Así se deslizaba su vida, devorando aquellos sandwiches de infinito, sin más achaques que probar todas las golosinas que tía Eulalia enviaba a las cofradías religiosas. A medida que engordaba en la inacción, iban envenenando su espíritu las ambiciones del letrado sin control. Pretendió escribir, peor aun, publicar. Pero la fama dormía en el bufete de un editor más sordo que un marciano.

Sin embargo, no todo es dicha en este pícaro mundo. Influenciada por su confesor y por la dañina murmuración de algunos feligreses, tía Eulalia suprimióle la mesada, dos platos de comida, las entregas de ropa blanca y las velas que alumbraban sus vigiliass esotéricas. Tía Eulalia no se atrevía a decirle que era un perezoso, prefería hacérselo sentir. Pero él, como si nada. No obstante, los santos familiares realizaron el gran milagro. Un cuñado del viejo que daba cuerda al reloj de la Intendencia, excelente amigo de la devota señora, vino a avisarle que había terminado ya la insatisfacción de su joven hermana, y que, después de muchos afanes, había logrado conseguirle el mismo puesto al sobrino. Este aceptó. Era, por lo demás, un oficio poético que le dejaría dinero para el lavado de la ropa y un libro mensual.

Poco a poco fué adquiriendo la mala costumbre, el vicio del trabajo. No le bastó ya darle cuerda a un reloj municipal; empezó a buscar con tenacidad una colocación que estuviese de acuerdo con sus dotes literarias. A los nueve meses permutó con un empleado de la Biblioteca Nacional que estaba a mérito desde hacía tres años. El sobrino se sintió como pez en el agua en medio de tanta gente docta y de tanto volumen...

Desplegó su actividad con todo amor. Al año obtuvo la primera promesa de sueldo; a los dos, la segunda. Tomó un andar acompasado, acartonósele la cara y se le ahuecó la voz. Cuando llegó a bibliotecario segundo, había perdido ya su afición a la lectura. Con un enorme paraguas y un abrigo hasta los talones, parecía una edición *mignone* del "Arte de Navegar" o un pato con termómetro.

Entretanto, tía Eulalia reducía a merengues sus energías sobrantes. Y si conservaba ella la salud, sufría él, en cambio, ciertos ataques que lo dejaban como difunto. Un día quedó verdaderamente muerto. No tenía aliento para empañar el espejo, el corazón no le funcionaba, estaba helado. El médico aseguró que no tenía vuelta.

Súbitamente enlutada, pomposa, ritual, como un presentimiento de la carroza de segunda clase, tía Eulalia se puso a modular las jaculatorias católicas. El cura dijo un responso en medio de un coro de lloronas amarillas, olor a moño, entre un sorber de narices apagavelas y un silbar de dientes postizos. El sacristán, blando marica sobón, hacía llover bendiciones con el hisopo. La cocinera supersticiosa gritaba que había soñado con el caballero, y que lo vio vestido de blanco.

La casa se inundó de curiosos.

En los duelos aparece un elenco de visitas que tiene el mismo sentido mágico y oportunista del que, sin que sepamos cómo, surge en matrimonios y bautizos. Lo componen caballeros de leva rosilla y corbata plastrón; señoras con pelerinas inverosímiles, joyas de azabache, manos de gamuza y cejas de crespón; niñitas tentadas de la risa, hijas de quién sabe quién... ¿Dónde vive esa gente el resto del año? ¿Es la misma en todos los entierros? ¿Son muertos, muertos de tedio? ¿Tienen el mismo nombre o el destino fatídico de las tarjetas de luto? Insondable enigma. Alborotan, gimen, registran los cajones y dicen que el muerto no está muerto porque vive en Dios.

En la sala neocolonial—un enjambre de paja, patas mal torneadas y pisos Luis Totorá—muy ajenos a toda emoción, los parientes escuchaban el percance doméstico que contaba la madre sietemesina de un sietemesino.

—Como mi canario regalón estaba alicaído, lo dejé en el gallinero para que se entretuviese con los pollitos. ¡Más me hubiera valido cortarme una oreja que encerrar en el gallinero a mi canarito cantor! ¡Ni de los pollos puede fiarse una!

Tía Eulalia rogó al médico de cabecera que embalsamase el cadáver. No quería que su sobrino, tan aseado en vida, se corrompiera después de muerto. Pero como el médico era especialista en fauna cadavérica, negóse a volver imperecedera como el alma aquella carne flácida, cocaví de las pasiones. Para tranquilizar a la señora, fingió inyectarle un líquido—agua con sal—que, según dijo, lo conservaría fresco como una lechuga hasta el Valle de Josafat.

Acto seguido, las vecinas más estrictas abandonaron la capilla ardiente, murmurando por lo bajo que no podían continuar rezándole a una momia, sin exponerse a un súbito castigo del Señor.

La noche comenzó a colgar sus cortinas mortuorias. Las primeras sombras luchaban con la macilenta luz de los blandones. Los naridos disimulaban un vago mal olor que no existía. Las plegarias y

los sollozos uníanse en un solo hipo atroz. Pero, de repente, el sobrino despertó de su más larga catalepsia, pidiendo a gritos un par de huevos a la copa.

Afuera, un organillo zarandeaba la "Danza de las Libélulas".

Al día siguiente, para no semejarse a Lázaro, el sobrino se dió una mano de colorete y fué a la oficina con un vistoso palm-beach.

He aquí el caso de un bibliotecario que, según consta a sus vecinos, siguió viviendo embalsamado.

EL MUNDO, EL Y UN SMOKING

I

En cuanto al vino, ella bebía agua.—Victor Hugo.

Los nombres, como los instintos, nos preceden. Son verdaderos embalajes preparados para recibirnos en el mundo como a una mercadería delicadísima. Parece que nos tuvieran acomodados de antemano el destino y la índole. De modo que sería imposible llamarse de otra manera. Así, el nombre equívoco de Fermín lo contiene ontológicamente y es una especie de huevo de la i.

Su movilidad de pulga saltona desequilibra hasta sus ideas; su mirada contradice su voz ronca; su voz disfraza su naturaleza; su naturaleza desmiente sin cesar su rectitud. Cuando niño lo maltrataba un ama como un jefe de oficina; de grande, lo martiriza un jefe como un ama. Y Fermín es pobre, pero tiene un kimono, colecciona tarjetas postales, hace estaciones el Jueves Santo, sabe hablar por teléfono y sufre.

—Tenemos un poeta en casa—grita la dueña de la pensión. ¡Qué honor! Don Fermín, ¿no podría usted pagarme los extras atrasados?

Fermín tiene familia en el norte, en el centro y en el sur. Fermín no tiene familia.

Lleva un diario, canta e ingenia versos de Alfonsina Storni. Los sábados come dulces en el Casino, se disuelve hablando de modas, consume aspirinas y escribe a máquina con un dedo. Fermín no es un hombre, es una audición.

Trozo del Diario de Fermín:

“Era un pichoncito candoroso y gélido. Eter sublime, crepúsculo

en el mar, ángelus de la aldea, carne de atardecer. Subía al tranvía número 6. No la he vuelto a ver. ¿Será hasta la muerte nuestra separación? Me pareció divisarla en el Teatro Esmeralda. ¡Ah! fatal evocación. ¡Esmeralda, Covadonga! En mi corazón ha naufragado la "esmeralda" de su mirada amorosa. ¡Para siempre, sí, para siempre jamás!"

—Dígame don Fermín—le pregunta con malicia de pensionista fogueado el vecino de alcoba—¿por qué no llegó usted a la licenciatura secundaria?

—Por causa de la fatalidad—le responde.—Las matemáticas no se han hecho para mí. Había soñado con ser artista y trabajar como galán de la Bertini o de Lina Cavalieri. ¡Qué mujeres tan finas, qué poses las suyas! Hubiera querido envolverme en las colas de sus trajes, aromados con su *odore di femina* (1).

—En realidad, era maravillosa la Bertini. Había inventado la manera de agarrarse de las cuatro paredes a un mismo tiempo.

—¿Qué lee usted ahora?—pregunta el otro vecino.

—Estoy con Pérez Escrich y tengo dos libros sin abrir de Carolina Invernizio—responde Fermín, tomando la actitud genial de esas damas yanquis que se retratan frente a una enorme biblioteca atestada de volúmenes de cartón pintado.

La señora del segundo patio, cargada de amatistas, hirviendo de encajes viejos, lo ataja en la puerta del comedor.

—No crea que he olvidado su invitación a almorzar en un restaurante del centro, para el primero.

—Iremos al Naturista. Es barato y se comen cosas livianas en abundancia—asegura sonriendo Fermín.

—¡Jamás, por ningún motivo, don Fermín! Yo tuve un tío teósofo naturista que casi se convierte en espinaca. Murió de puro teósofo el pobrecito. ¡Verde, verde, deshecho!

Y viene el almuerzo nadando en grasa, lleno de chismes y chascarros. El comedor suena. Moscas, esperanzas de mejor situación, un mosquitero de agua con azúcar y la hija de la dueña, treintona, regalona, haciendo listas de rifas y pescándole los puntos idos a las medias.

La sirvienta, con el retén de policía entre ceja y ceja, interrumpe

1) *Odore di femina*: olor afrodisíaco descubierto con grandes esfuerzos por nuestros novelistas de primer orden. A juzgar por la apariencia de sus incursiones psicológicas en el plano amoroso, parece que no han llegado más allá del terreno olfativo. (N. del A.).

las conversaciones, tira los platos, se suena con el delantal. De repente, revientan los cloqueos de una solterona puntualísima que camina desbordándose y habla con énfasis de su hermano el Inspector de Impuestos Internos.

—¡Hay pensiones de buena muerte y de mala muerte; pero todas son de muerte!

Sin inmutarse, doña Felicia contesta desde la cabecera:

—Arriendo un departamento y vivirá bien; pague en La Bahía y comerá mejor. Por lo demás, me consta que ha andado de pensión en pensión desde que nació.

Más tarde, aparecen dos visitas de sobremesa. Una beata con un traje tornasolado de mugre, que exuda un olor entre despensa de convento y cuarto de costurera pobre. Vive mártir de los Santos y usa un maletín desfondado que le sirve para accionar como una gran señora. Su sobrina—sobrina de beata—con cara de fotografiada por Garraud y un corset de barbas hasta la garganta, ensaya maniáticamente en las rodillas la complicada soltura de dedos para el cuarto año de piano. Mínima, asustadiza, parece una polilla amaestrada.

Los pensionistas, en cuyas conversaciones cruza siempre un hálito del Purgatorio y flotan los gérmenes de la colitis, del cáncer o de la democracia, oían en suspenso la charla luctuosa de misiá Pastoriza:

—¡Ay! doña Felicia, ayer vimos morir a tío Teíto. Fué de partir el alma, doña Felicia. Dios lo tenga en su santo reino. Mis tías rodeaban su lecho como las santas mujeres a Nuestro Señor. ¡Qué gran alma! Murió célibe, como un angelito. Decía, dando buen ejemplo hasta el último: "Yo quiero un cajón barato, de ocasión, usado, si es posible". Sin perder el conocimiento un solo instante, murió untando sus labios con los nombres de San José y de la Hortensia, mi tía.

El salón, artístico amontonamiento de yesos pintados, pañitos a crochet, pirograbados y poltronas con flecos—como señoras gordas que se les ven las enaguas—apestaba a suspiros y a pipí de gato.

La sobrina, que manoseaba los objetos con la mirada, sin darse cuenta, se había cubierto de moscas como un pastel de manjar blanco.

Haciendo un asperjeo celestial y tomando de la mano a Perlina, misiá Pastoriza se despidió, besando a diestra y siniestra. Los polvos blancos sobre su negrura la hacían verse ploma. En el gesto de

su nariz peluda y de su boca color violeta se leía la felicidad de haber cumplido al dedillo su misión aterradora.

—Siento dejarlos, pero quedé de reunirme con don Liborio en el bazar de San Francisco.

Largo, chorreado como un cirio pascual, don Liborio—que inventa Santos y vende sus Vidas Ejemplares al por mayor—es el Rasputín más acreditado de los trotaconventos. Con gravedad de canto gregoriano, habla del redento Pope Julio y recomienda al peluquero de la Asociación de Estudiantes Católicos.

El día, que es el desapacible reino de las mujeres caseras, continúa en la pensión de doña Felicia, sofocante, perezoso, igual. De vez en cuando, silbidos de teteras, portazos, disputas, cantos de canarios y ruidos personales.

II

Las dos de la madrugada. El cielo alto, picado de estrellas. Los faroles pierden todo su prestigio bajo una luna redonda, inmensa, casi obscena. Por otra parte, el pudor y los faroles no cuentan en las noches de verano.

Fermín vuelve a casa radiante, harto. Reflexiona:

—¡Las dos! ¡Qué tarde es! ¡Esto se llama trasnochar!

Ha ido al cine—y qué emoción—a platea. En platea se ve gente que ensaya buenos apellidos y el olor de la masa cambia de nombre acercándose un poco a cada cual. Distintos perfumes, psicologías distintas.

En el foyer entabló conversación con los porteros. ¡Porteros de platea! Desde su butaca, blanda hasta el éxtasis, experimentó el pequeño placer de contemplar el balcón repleto de clase media y la galería compacta de hechos incónfesables. Su segunda visita a la platea lo sanaba de los largos vía crucis de las colas a la intemperie, donde nunca estuvieron seguras su billetera ni su pureza.

Después, el restaurante de moda. ¡No hay mesas! ¡Qué importa! ¡La intención de entrar basta! El restaurante ulula, consume, comenta, arde. Una noche Josefina Baker bailó allí al compás de los tenedores y mostró las nalgas más lindas del mundo. Invasión de comediantes; coristas de caras patinadas con vaselinas multicolores; un crítico de ají confitado; periodistas con un cuello que fué blanco y un traje que fué azul hablan del baño turco; señoras con arterios-

clerosis y trajes en plena pelecha... ¡Mamás! Todas las tiendas deberían tener una sección con mamás para bataclanas.

Fermín no puede desprenderse de la imagen de esos lechuguinos con dignidad de smoking arrendado, que salen del Municipal narcotizados con Puccini y que parecen mampatos ensillados por primera vez. No puede tampoco olvidar la corbata con aviones dorados del argentino que le pidió fósforos con tanta amabilidad. Pero lo que mayor impresión le produjo fué el automóvil "iluminado por dentro" de esas niñas que, sin duda, tenían una mentalidad de Au-Primtemps-París, llevaban cuatro sostén senos inútiles y dos gramos de cocó.

Y Fermín se conmueve con estas cosas, porque tiene un cerebro falso como el color Ofelia, por ejemplo.

Al pasar frente a un cabaret presencié el número de siempre. Vidrios rotos, botellas sin gollete, trompadas y un carabinero con la cabeza partida en torrejás. Fermín no vió en todo aquello sino un signo de la época terriblemente nerviosa en que se creía viviendo; pero la verdad es que, no hace mucho tiempo, había rucas de indios donde edificaron más tarde esas cocinerías presuntuosas, con apellidos franceses.

Fermín decidió ahorrar para otra ocasión las sorpresas de su viaje a través de la noche.

Abrió la mampara, abrió la cama, abrió el ropero, y, en un abrir y cerrar de ojos, quedó en pijama. Abierto de piernas, se puso a monologar frente al espejo.

—En realidad, no soy tan mal parecido. Buen cuerpo... No, tal vez no... Tengo las piernas muy cortas. Pero, la espalda... Bonitos ojos, nariz regular, nariz... Sin embargo, me salva la boca. Y aunque las orejas tengan algo de más, el pelo... No, el pelo no...

Metiéndose en la cama, sin prodigarse más cumplidos reconfortantes, Fermín se decidió a no ser artista de cine. Pero no pudo conciliar el sueño. Además, el vecino roncaba por todo el barrio en comité.

Irremediamente, debía solucionar esa misma noche su destino artístico. Recordó sus dotes declamatorias. La pavorosa altisonancia de Ricardo Calvo y los espasmos líricos de Berta Singerman quedaron hechos trizas en su garganta que se llagaba día a día con la nicotina de su voz absurda. Pero le faltaba un smoking para ser un buen recitador. Estaba nervioso, sobreexistado. Se trataba de

su porvenir. Era la gloria o el incógnito eterno. De los cuartos vecinos surgían protestas y amenazas. Fermín sólo escuchaba las voces de su espíritu.

Cantó a voz en cuello el "Ay-AyAy", un tango y "Rimpianto". Pero le faltaba un smoking para ser un buen tenor.

Los pensionistas del primer patio, desvelados con los gorgoros de Fermín, se levantaron iracundos. Soeces, soñolientos, invadieron su cuarto para intimarlo a que se callara. Pero cometieron un error grave, pues el empecinamiento de Fermín, en cuanto logró aterrizar en el sueño, llegó hasta el sonambulismo.

El mundo giraba en su cerebro y un aeroplano lanzaba proyectiles de smokings. El vecino de las inyecciones endovenosas le sacaba la lengua, pues los trajes de etiqueta huían, ágiles y vacíos.

¡Qué desesperación! Para tranquilizarlo, el duende burlón de las pesadillas lo convenció de que era un virtuoso del teclado. Llegó hasta soplarle al oído dónde estaba la llave del piano para que ensayara. Como una figura que se evade del sueño, Fermín corrió al cuarto de la hija de doña Felicia.

Objetos que se estrellan contra el suelo, alaridos de terror.

—¡Mamá, mamá! ¡Don Fermín está en camisa! ¡Don Fermín me ha remecido la cama!

—¡Hija mía! ¡Robarte la honra este gato alzado! ¡Cara tiene el muy marica!

En eso despertó Fermín. Atónito, petrificado de sorpresa, quedó mudo e inmóvil como un mueble. Al rato exclamó:

—¡Estaba soñando!

Pero si la solterona no podía adivinar que la llave del piano era más interesante que ella en esa ocasión, no se conformaba tampoco con que Fermín no hubiese pretendido faltarle el respeto en serio.

La casa hervía de comentarios. Pasos, voces, curiosidades malsanas. Acorralado, Fermín sólo atinaba a decir:

—Soñaba, soñaba.

Los vecinos que lo habían hecho callar convencieron a la patrona de la manifiesta locura de Fermín; pero éste protestó asegurando que sólo había pretendido hacer un recuento de sus dotes artísticas, para saber si valía o no la pena de entrar al teatro. Después añadió que todo lo demás era una pesadilla infame. La hilaridad que provocaban sus argumentos hízole ver lo ridículo e inexplicable de su situación.

Doña Felicia, enemiga nativa de toda fantasía, acompañó a Fer-

mín hasta su pieza, sin proferir palabra. Los pensionistas, con caras lastimeras, fueron retirándose poco a poco. Después escucharon un llanto convulso, inconsolable.

El reloj del comedor dió las ocho. Un sol irritado trasminaba ya los postigos de las ventanas de esa pobre gente que suspiraba por el mar. Doña Felicia había salido en busca de dos hombres fuertes, para que sacaran al loco de la casa.

Encabritado, Fermín resistió cuanto pudo. Lloró, prometió dormir en paz. En seguida llamó a doña Felicia vieja bruja, ladrona, calumniadora. Le echó en cara los trucos que tenía para que no marcara el medidor del gas.

Se lo llevaron, pero la casa quedó sumida nuevamente en la más espesa y aplanadora de las burguesías.

Y Fermín es bueno, pero quiere ser un artista de fama mundial. Fermín no es loco, pero sueña con tener un smoking.

LA BEATA HISOPO

Es pecado que no sea pecado.—(Adagio italiano).

La Beata Hisopo tiene unos ojos negros de cabeza de alfiler y una lengua cuadrada como un pedazo de "tangle-foot". Usa manto rosillo, polleras con amplio ruedo y mitones que cubren la mitad de sus dedos sarmentosos, pulidos en las pilas de agua bendita.

La Beata Hisopo revolotea como un siniestro moscardón en torno a los confesionarios y quisiera comulgar dos veces al día. Porque la Beata Hisopo es perversa y anda por el mundo esparciendo su bilis en forma de pellizco o picotazo.

Como no pudo eyacular en el matrimonio los malos humores acumulados durante su juventud, se le han convertido en una devoción vinagre, afiebrada y venenosa. En cada Santo pone al hombre que pudo tranquilizarla y no concibe a los Ministros de Dios sino como ciertos intermediarios para alcanzar el cielo de carne de su misticismo de hueso. Por razones como ésta, las beatas no cunden en las religiones sin imágenes.

Como la Beata Hisopo debe llamarse doña Ociosidad, es la madre de todos los vicios con caras de virtudes. En el fondo, es una vieja perjudicial, una actriz de tercer orden que contiene la misma dosis de insidia de las cantantes sin contrato.

La Beata Hisopo es el clásico zángano que se adhiere a las obras más venerables de la humanidad. Y así como los "ratas" del Caserón de la Sombra tienen su campo de operaciones previsto para cuando estén libres, ella actúa moralmente en iglesias, patrocinios, porterías de conventos, puertas de calle, plazoletas de barrio, procesiones y bazares de caridad. Pero donde más cosecha recoge su índole roedora es en la pensión. La humanidad dispersada por vientos del des-

tino que allí se cobija como al amparo fingido de un hogar, es débil, falta de unanimidad, susceptible de hincarle el diente. La Beata Hisopo socava sus cimientos bamboleantes, con una alegría de termite.

Las ocho vírgenes necias que viven en su casa tienen, en vez de lámparas de arcilla, ocho gatos fétidos que asolean de dos a cuatro en la galería. La Beata Hisopo les pasa revista, soplándoles una tolvana de malignidad.

Aventura de la Beata Hisopo

Diríase que la Beata Hisopo coloca inyecciones intramusculares a precios módicos, para darse el gusto de pincharles el torso desnudo a los hombres.

No obstante, cierto día, su sangre coagulada se diluyó al calor de un adolescente cuya extraordinaria virilidad creaba una atmósfera de turbación.

—Bien decía yo que era tan fino. Siempre le sale una gotita de sangre azul cuando saco la aguja.

Aspirando su olor púber y sugestivo, aleteábanle las ventanillas de la nariz. Adolorido, el muchacho sonreía con cara de mártir. Pero la beata seguía restregándole el algodón con verdadera delicia, mientras le susurraba al oído unos mimos como villancicos de Navidad. El joven no sabía si reír o arrancar a perderse. Creyendo que se cortedad era aceptación, la beata exclamó, desfallecida:

—¡Tendré que mostrarle el descote!

—¿Descote usted?

—¡Por supuesto! ¿Cómo creía entonces que era?

—¡De palo, forrada en género, con tachuelas, qué sé yo!

Y, con gran escándalo de las pensionistas, el joven huyó escalera abajo, abrochándose los tirantes.

CORRESPONDENCIA

La sátira es a la manera de un espejo, donde cada cual cree generalmente descubrir el rostro de todo el mundo, menos el suyo. Por esta razón, la sátira siempre es acogida alegremente.—Swift.

Señor:

No atino a comprender su peregrina conducta de ayer. Me parece absurda, inverosímil. Y como no puedo conformarme con el presentimiento de que nuestro gentil amigo va a perder la chaveta, le escribo con el fin de que, por lo menos, me explique los motivos en que se fundaban su furor, su crueldad, su abuso incalificable. Es cierto, David, que siempre lo tuve por una persona sin el sentido de la realidad, y, ¡cómo no confesarlo!, también un poco fantástica. Pero nunca pensé que pudiera extraviarse en serio. Ante todo, da usted la sensación de un hombre normal. Sin embargo, creo que por más que me aclare el móvil que lo impulsó a sustraer a mi hijito Gastón de la vigilancia de la nurse en los jardines del Congreso, para propinarle en seguida dos feroces pellizcos en sus pobres nalguitas, no contaré más con su reputación de hombre normal, más aún, como il faut.

Reciba, pues, la consternación de su ex amiga que, al dirigirla estas cuatro letras, se siente tocada por lo ridículo de su extraña acción.—Margot.

Adorable amiga:

El estilo es el hombre o la mujer. La corrección es un trabajo de la mujer o del hombre. Un estilo correcto es el ideal. Sin embargo, aunque la corrección no exista, todo estilo original perdura,

como perduran hombre el hombre y mujer la mujer, a despecho de la corrección.

La corrección sin estilo es un trabajo en el vacío. Por eso su carta no es más que un "*billete*" oloroso, una "*esquela bois de rose*", con un perfume infinitamente cursi. Y cursi, no en sí mismo, sino gracias a su contacto, querida amiga.

Le ruego excuse mis impertinencias, pero no he podido dejar de observar el dramático fenómeno social que representan usted y su casa; de ver cómo se deforman y cobran un aire de hechura casera los trajes de Worth en su cuerpo; de lamentar la pérdida de su comfortable severidad que sufren esos muebles de Maple, profanados por sus manos de benjuí, con pañitos tejidos a palillo y cojines de tafetán; de saber que sus inmensas joyas falsas son verdaderas; de notar su falta de escuela para murmurar del prójimo y su afán de rivalizar; de darme cuenta de su torpe y preciosa vigilancia sobre el lenguaje cotidiano, que, por forzarlo a ser más culto, se le vuelve cómico e ininteligible como el de sus pinches de cocina; de gustar el detestable aceite de sus mayonesas tan bien presentadas; de palpar demasiado la superabundancia en que flota, y, por último, de presentir, no diré el progreso, sino la momificación de su torturante vida imitativa.

El decorado moderno depende generalmente de la simplificación; pero lo halla usted simple en exceso. La vida moderna tiende a fulminar las complicaciones y los prejuicios: por no aparecer complicada, se complica usted doblemente.

Qué triste es atar la personalidad y la moda a la inconstancia de las modas; pero más triste es no ser ni siquiera un snob. Porque tanto el snob como el dandy no viven a ciegas, inventan. Y si es tenaz la voluntad que matiene su conciencia de hombres dentro de sus vistosas bambalinas, logran crear una suerte de heroísmo. El hermoso Brummel, Oscar Wilde, Winston Churchill, Swan, Lady Hamilton, Barbery D'Aurevilly...

El vocábulo snob ha perdido su primitiva significación. No expresa ya una monería exagerada o el endomingado exhibicionismo de unos cuantos empleadillos en Picadilly, ni es tampoco el símbolo de una necia vanidad. El snob moderno tiene ya clase, y aunque sea paradójal afirmarlo, posee cierta espontaneidad conseguida.

La vanidad auténtica, Margot, es un sentimiento noble que se alimenta de progreso y de madurez íntima. La verdadera vanidad no es vanidad...

Los prejuicios aristocráticos constituyen, según Barbey, sublimes verdades sociales. Sus prejuicios, amiga, son descaradas mentiras sociales. El truco mal disimulado de su vida teatral los vuelve irrisorios como sus impertinentes de carey.

Talleyrand decía de Thiers: "No es un arrivista, es un arrivé". No hablaba el viejo zorro del político, se refería al hombre de mundo. Y la verdad es que, si por las venas del humilde estudioso no circulaban esos hereditarios cromosomas de discreción y buen gusto, tenía éste, en cambio, conciencia de la vida y un sentido cabal de esas pequeñas cosas que se imponen como montañas.

Usted y su marido, querida Margot, no llegarán más allá de la holgura que pueda proporcionarles una fortuna amasada con sudor y vigiliias. Es posible, sin embargo, que sus nietos, después de un proceso de absorción reguladora del medio ambiente, produzcan la impresión que usted se mata por dar a destiempo.

En la expectativa del éxito de esta labor de alquimia social, no puedo aconsejarle que emplee su riqueza en fortalecer sus antiguas costumbres populares y en afinar su modalidad dentro de lo típico. No debo pedirle tampoco que vuelva al pueblo, a esa estupenda entidad de vida original, aparte, de donde emanan un sinnúmero de verdades sociales, tan respetables como las de la buena aristocracia. Sería demasiado tarde e implicaría ir contra la lógica formal de los hechos.

La clase media, que no tiene conciencia de clase, puesto que sólo es media clase, semeja un continente en vías de aparecer que se asoma a la superficie por una isla. Es el verdugo del bajo pueblo y el hazmereír de la clase alta.

A su marido, que describe la cara de la Victoria de Samotracia y que cree que Rembrandt es una nueva marca de automóvil, pero que ha aprendido a perorar sobre política y a hablar de literatura, le dedico este paréntesis: ¡No más nacionalismo, por piedad a las demás naciones! ¡No más liberalismo, por compromiso con las liberalidades! ¡No más clericalismo, por respeto a la religión! ¡No más parlamentarismo, por decencia ante los pobres loros! ¡No más Cammelots du roi, en consideración a la triste memoria del último Nicolás! ¡No más Congresos de Escritores; el primer discurso termina el día de la clausura! ¡No más Ligas Pro Moralidad Social: ¡hay virtudes más feas que los vicios! ¡No más Igualdad de Derechos con la Mujer: la primera vez que los hombres no se acercaron a ellas para devorarlas, fué para poseerlas! ¡No más Antisemitismo:

la tierra quedará deshabitada o los hombres acéfalos! ¡No más Liga de las Naciones: no hay amigos que duren viéndose a diario! ¡No más orgullo racial: nos parecemos tanto a los monos y tan poco a nosotros mismos! ¡No más espiritualismo, si tenemos espíritu! ¡No más infinitos; es tan largo el viaje! ¡No más superhombres: hombres!

El mundo tiene arteriosclerosis, pero no hay que angustiarse. Los actuales trastornos no son más que sus primeros desmanes de viejo verde.

Nuestro amigo Goldstein—qué judío tan digno de no vivir en Berlín—habló ayer en la Sinagoga de sus últimos antojos, Margot. Asegura que van a hacerle a usted la operación Voronoff; que desea fundar un asilo para viejos, comprar una vajilla de plata sobredorada y tomar dos sirvientes italianos. Pues yo pensé que sale más barato hacerle la operación a los viejitos que fundar el asilo, y que, en unos cuantos meses, los sirvientes italianos habrán dado cuenta de la vajilla.

Usted y Dostoiewski tienen razón: "Mucho se consigue de los hombres deslumbrándolos".

Si sus mejores amigos me hubieran recomendado con menos majadería que no pregonara las intimidaciones de su casa, habría sido capaz de portarme discreto; pero me han hecho jurar tantas veces una reserva absoluta, que no resisto a la tentación de adornarlas y lanzarlas a los cuatro vientos. Pues el que nos impone silencio no hace sino invitarnos a hablar. Por lo demás, en este país, el único requisito de las intimidaciones es el de pertenecer al dominio público.

¿Pero dónde tengo la memoria, adónde? Olvidaba un dato importantísimo. A la Casa de Remates de nuestro común amigo Isaías ha llegado un lote de antiguos retratos de familia. Son de una viuda aristocrática, a quien la miseria obliga a poner a sus antepasados en consignación. ¿No cree usted que, eligiendo con tino, hallaría entre ellos un par de abuelitos o un tío viejo, no diré presentables, de lujo?

Todo se arreglaría bautizándolos de nuevo, no olvidando el parentesco que se ha designado a cada retrato y teniendo bien presente su ubicación, para que mamá no amanezca hoy en la salita azul y mañana en el descanso de la escalera.

Debo advertirle que no tienen escudos. No obstante, creo que, sin ningún escrúpulo, puede mandarles pintar el de la Municipalidad. Pa-

gando ciertos impuestos, tenemos derecho a usarlo todos los vecinos de esta ciudad enladrillada con blasones.

Quizá haya sido cruel al postergar la explicación que le debo; pero quise antes preparar el terreno para sembrar mis razones que, a primera vista, parecen meras sutilezas.

¡Detesto a los portentos! Por eso castigué a su hijo.

Estoy harto de los portentos; hastiado de oírlos comentar con deleite las gracias de Gastoncito, las fechorías de Gastoncito, las cochinas de Gastoncito. Apenas si tolero en mi familia a los prodigios, y voy a soportarlos en la suya, señora. Sin embargo, mi gente no cae en el vicio del portento delante de personas que nada tienen que ver con el portento. No sacan de paciencia a nadie.

La aparición del portento es una falta de tino del destino; una legítima ternura de los padres que no debía salir del cuarto de baño; un espejismo, a veces, que obliga a la suerte a jugarnos una mala pasada. El portento es la base de la popularidad de que todo el mundo disfruta en su casa, de esa dañina popularidad sin mayor esfuerzo, sostenida por los buenos sentimientos de un clan, que esconde el peligro de extenderse hasta la Asociación de Estudiantes Católicos y pasar de allí a estados más graves.

Si algunos altos funcionarios gobiernan con su casa, desde su casa y como en su casa, es porque tal vez han sido portentos. Por eso, su hijo es un peligro público, señora.

César Borgia fué un portento. A los dieciséis años, su padre, el Papa, lo consagró Arzobispo de Valencia.

Aunque tarde, veo que mi necesidad de castigar debió saciarse en usted, que es la directora de orquesta en su casa. ¡Pobre Gastón!

Llámeme loco, pero sepa que una leve locura suspende la prosa de la vida, mantiene fresco el corazón y abre las ventanas para que no se ahogue el artista. Los árabes veneran a los locos, pues ven en su locura un regalo de Dios.

La ironía fué la técnica de que se valió Sócrates para partear los espíritus. Y como, sin duda, querrá usted seguir las huellas de aquel divino Maestro, le obsequio esta famosa frase de Joubert, que hará las veces de antorcha: "La gentileza es la flor de la humanidad. Quien no es bastante gentil, no es bastante humano".

Confiado, pues, en la ineficacia de estas palabras, se despide su amigo de siempre, su amigo de nunca.—*David*.

ESCENARIO DE MISS AGATA

A gorgeous plenty of animals spirits.

El nombre de Miss Agata puede registrarse en todas las comedias inglesas más o menos distinguidas. Miss Agata nació a mil metros de altura en un avión de pasajeros. Sus padres, yanquis de pura cepa, lamentan no haber podido dar a su hija otra patria que el aire internacional. Miss Agata, generación febril del vértigo, vive vertiginosamente. Las nubes fueron testigos de su primer encuentro sentimental con un pecoso boy de Indianópolis. Sintiendo que sus corazones se hinchaban al mismo tiempo que sus paracaídas, abrazáronse en el aire lleno de electricidad amorosa de Niagara Falls.

Miss Agata tiene veintiséis años. Es alta, soñadora y dulce como un pudding. Posee una inteligencia clara y una clara mirada de inteligencia. Es la expresión más concreta del movimiento perpetuo. Su sexto sentido percibe el rechinar del eje de la tierra que gira como una inmensa y sonora pelota de carey. En plena adolescencia, Miss Agata languideció voluptuosamente en compañía de Pierre Loti; a monsieur Jean Lorrain debió su boticario la pérdida de una segura compradora del ancestral pears-soap; Madame Rachilde le dejó el cerebro como un delicioso queso Roquefort, y, cuando leyó a Wilde, se sintió Lord Alfred Douglas. Más tarde, la psicología para señoras en bata de levantarse de Binet-Sanglé, prestóle cierta dejadez atea. Hoy en día, el Africa bárbara se le cuele por los poros y nutre sus glándulas.

Percy Craw, el de la sonrisa en tres tiempos y los dedos amarillos de Camel, es el amigo físico de Miss Agata. Usa trajes amplios, tiene una carnación sana, piernas altas y dientes perfectos. Además, despiden un fresco olor a lavanda y a soda en la mañana. Juntos salen

de week-end, provistos de raquetas, plaids y cocaví; regresan muy juntos, con los cuerpos sabrosos de agilidad y aireación. Percy va a la oficina con las orejas violáceas, dando unas anchas e higiénicas zancadas. Miss Agata se queda repitiendo los nombres de las novias que lleva él escritos en el pull-over. Desnuda ante el gran espejo de su cuarto de baño, entona una acuática canción sincopada:

—We are siinging in the rain...

Miss Agata ha descubierto una mezcla de polvos que le dejan el cutis con olor y color de canela. Le gustan las joyas falsas, las lámparas con caireles y el sonido de los cristales en las baldosas. Su cabeza crea, según las luces, esa atmósfera de ámbar fluido o gris lechoso que tienen algunos cuadros de Reynolds.

Miss Agata sueña bailar al monótono compás del tam-tam en pleno Congo o adormecerse sobre una estera de fibra de coco junto a un río lento, que va desenrollándose como una serpiente de plata. Ansía sentir de noche un aliento espeso, mientras silba afuera el aligator y rugen las fieras. Se ve borrando las huellas del negro que vuela de alba a luchar con los elementos y en cuya espalda se contempla desnuda como en un espejo de ébano. Presiente la siesta canicular bajo la noche verde y sofocada que perfora la selva, y las vigiliias al calor de una hoguera de palos y hierbas olorosos.

¡Qué dulce ha de ser velar por un negro cuya alma blanca le bebe el aceite del cuerpo como la mecha de una lámpara de arcilla!

Miss Agata tiene el microbio del viaje instalado en el neumogástrico; sin embargo, no tolera a esas princesas de Alfa o Gama, ni al inglés standard, que, envueltos en una bufanda de humo, navegan siempre hacia lo ignoto. Miss Agata asegura que no desembarcan y que son cosas adheridas a la cubierta o al smoking-room.

París tiene lunares, Londres tiene pecas. La Europa entera está moteada de negros. En el Claridge, en el Ritz, hasta en cualquier Carlston, a las nueve de la mañana despiertan una Miss Túnez o una Madame Tetuán, ensayando con victrola sus golpeteos selváticos. París-Tombocú: París-Infierno.

Miss Agata se ha propuesto tener un mulato de ojos celestes. El hijo de Miss Agata parecerá un fetiche papú. Pero no querrá nunca a un negro del Brasil. Dice que viven con un áspid entre cuero y carne; que se tragan las piedras preciosas y tienen el vientre trufado

de diamantes. Además, la mayoría habla portugués. Para ella, el portugués es un idioma fantoche, batido y elástico como el turrón.

Las dos de la mañana. El asfalto mojado hace patinar los reflejos de los avisos luminosos. Los hombres de hule componen en el áspero cordaje de las mangueras un nocturno sinfónico.

Una fuente en el foyer del cabaret. Glu-glu-glu-glu... y vuelve a sumergirse. Es un pescadito feliz que se asoma y desaparece, rojo de vergüenza.

—Yo no tengo la culpa, Mister Tod.

—I don't understand.

—¡Bestia!

—I beg your pardon, Mister Stein.

—Schwaine!

—But...

—Parlez vous francais?

—Oui, un tout petit peu...

—Alors, filez vite! Tout de suite! Spèce de...

—Mais... What is the mutter with you?

—Desde que se sentó a tocar no ha hecho sino guiñarle el ojo a Miss Agata Parker. Sepa que si llegamos a perder este cliente...

Judaicas amenazas. Gestos teatrales y quejidos jeremiacos como ante el Muro de los Lamentos.

—¡Dios de Israel! Miss Agata es la única que consume champagne y la paga sin cheques a plazo... ¡Diez botellas, mil pesos! ¡Para Miss Agata, mil quinientos pesos!

El viejo Diniosios tiene sonrisas de todos colores en los escaparates del bar. Vermouth, Kummel, Bitter, Cherry, Angostura, Gin y veinte anilinas explosivas para emborracharse como un plomo derretido. Los trajes—frambuesa, ocre, granate, verde almendra, verde manzana, verde botella—brillan sobre el cristal iluminado de la pista de baile. El barman bate un cocktail, la orquesta bate un blue. Junto al quiosco de los cigarrillos bosteza un groom, todo nalgas y botones. Atraídos por la gritería, los trasnochadores acuden gozosos. El negro Tod lucha por ponerse rojo de humillación. Sin comprender bien por qué se le expulsa, sabe que se le expulsa. Gacha la cabeza motuda, con las solapas plateadas del tuxedo más rutilantes que nunca, abandona el local retrocediendo, como si la

vergüenza le hubiera hecho adquirir una repentina conciencia de sus formas un poco escandalosas en medio de la mesura de aquella gente. Advertida por el maitre, Miss Agata revoluciona la pista de baile, y sale enredándose en la larga cola de su traje.

—My darling! My poor darling!

Atraviesa la calle, esquiva los autos y vuela tras él, hasta que logra alcanzarlo y echarle los brazos al cuello.

—Es culpa mía, mía sola. Ese asqueroso judío Stein no sabe que fui yo quien comenzó. No lo sabe. Lo sabrá ¡Todos lo sabrán! Yo te amo, Tod. Pasarás la noche conmigo y mañana nos casaremos. ¿Puedes?

—Well.

Radiante de whisky, Miss Agata es la reina de la noche. Ha encontrado al negro libre con que soñaba en los hondos sillones de su leaving. Tod ya no será un humillado tributario del primero que pasa, ni una curiosidad para los clientes de la Agencia Cook. Anticipándose al Apocalipsis, reinará en el corazón de la yanqui más yanqui del mundo.

Como Miss Agata no es celosa, asiste a su tradicional cocktail-party de los viernes un elemento femenino de primer orden. El dulce Love's dream ha sido reemplazado por el sensual Hula-Hula de Hawaii; el seco Sol y Sombra, por el caliente Boomerang africano, y el melancólico September morning, por el Minne-moaba o Agua que hace reír.

Tod manda en el bungalow de Miss Agata, la que vive en un éxtasis perenne. En medio del jardín, junto a la piscina de mosaicos, ha hecho construir una cabaña de totora donde pasa las noches de verano con su mujer. Para ambientar el enorme acuario, encargó un las-las azul y negro, un ulán-ulán de intenso cobalto, y una pareja de esos anabas que salen del agua y se trepan a los árboles.

En las paredes interiores, platachadas a la cal, resaltan tapices de Smirna y Kairuán. Telúrica, ecuatorial, Miss Agata limpia los adornos de plata damasquinada, cuelga las flechas envenenadas y tiembla deliciosamente. Tod, siempre de buen humor, la besa con toda la anchura de la boca y sofoca en sus labios algún cantar de la jungla lejana:

*Kilong, Kilong cocodrí
Kilong gri-gri cocodrí...*

Aunque la casa apeste a catinga, aunque los objetos más duros absorban el hedor húmedo y almizclado de Tod, Miss Agata le tiene prohibido bañarse a menudo. Cree que se puede desteñir.

Cuando Miss Agata amanece loca de pasión, llama por teléfono a Percy Crow:

—Dear Percy, quiero tanto a mi negro, que me sentaría a tomar té a sus pies.

ESCENARIO DE LIBERATA

Si la gente de muy buen gusto tuviera un poco de mal gusto, tendría el gusto mejor.—Carlos Vattier.

Después de un largo silencio contagiado de bostezos, medio ebrio de Tabac Blond, como un nadador que permanece más de lo prudente debajo del agua, el diálogo aspiró todo el aire viciado del salón al subir a la superficie.

—Liberata.

—Melita.

—¿Amas a Guelfo?

—Por qué no.

—Te escurres como un pez.

—Como un pez volador.

—Lo admiro.

—Es sufrido, por cierto.

—¿No piensan casarse?

—El sí; yo no.

—Llevan compromisos, sin embargo.

—El compromiso sólo se compromete a sí mismo.

—Los casarán...

—Desgraciadamente.

—Responderás "sí" en la ceremonia.

—Todo será pura ceremonia.

—No hagas bromas de tan pésimo gusto, Liberata. Guelfo te adora. Quizá sea demasiado correcto para ti.

—Detesto las bromas, Melita; pero si encarna él un personaje serio en esta comedia de la boda, a mí me corresponde el papel divertido. Los dramas sin gracejo son muy monótonos. A mí me en-

ferman, por lo menos. Además, eres idiota, Melita; no sabes apreciar las *mances*...

—No te comprendo.

—¿Quién te ha encargado descifrarme?

—Será tu marido, será el dueño de la situación.

—Hubiera preferido que fuera mi amante.

—Le serás infiel con premeditación y alevosía.

—Tal vez.

—Pérfida.

—Como amante no lo hubiera engañado nunca.

—¿Y por qué como esposa sí?

—La costumbre lo exige. Si los maridos de todas las mujeres fueran a la vez sus amantes, ninguna los engañaría. Salvo en el caso que hallaran un amante mejor...

—Veo que no lo amas.

—Con alma y cuerpo; pero estímulo su candidez, fomento su gran aptitud de Cornudo Magnífico.

—Me retiro. Eres altamente inmoral.

—Completamente sincera.

—Buenas tardes.

—Anda con Dios, Melita.

Melita simula treinta años, usa un corset más punzante que un cilicio y tiene un novio flúido e imponderable como el Periespíritu, pero muy capaz de engendrarle un revolucionario. Melita es un amargo antidoto del matrimonio, la imagen de la disolución del vínculo. Ocupaba tanto hueco que, en cuanto hubo salido, los objetos, ahogados bajo su presencia de maremoto, parecieron salir a flote.

La independencia del decorado moderno es peligrosa; no obstante, Liberata salió del paso imitando los diseños independientes de los demás. El amable rincón donde recibe a sus amigos, es discreto porque contraría su indiscreción natural. En sus muebles de acero, forrados en seda beige, el reposo se vuelve rectilíneo y las ideas nacen con esa esencia geométrica que proporciona tanto placer íntimo a Paul Valery. Desde el zócalo de concreto frío comienza un empapelado de mapas, soi disant, antiguos, en cuyas diminutas carabelas, a través de un mar turquesa, navegan los recuerdos de los filibusteros y la locura de Colón. Sobre la repisa del diván-biblioteca, la mágica ingenuidad de una copia de Marie Laurencin irradia transparencia entre otras imitaciones de Braque y Juan Gris. La luz in-

directa sostiene la naturalidad conseguida, suaviza las palabras a media voz. Sin embargo, Liberata es un poco la visita de mal tono en su propia casa.

Una transfusión de sangre modernista enloqueció las circunvoluciones de esta niña que, debiendo vender maní en 1850, esperó hasta 1910 para nacer... Sus amigos penetran la martingala de su espíritu, se mofan de sus malabarismos literarios, pero son galantes: fingen vértigo ante el abismo de su corazón, meditan sus palabras como la solución de un puzzle y la observan como a una escritura cuneiforme. Es, simultáneamente, creacionista, ultraísta, einsteniana, bañista y agnóstica. Cuando entiende algo a medias o no lo entiende o dicen entenderlo "Las Amiguitas del Arte", los epítetos "original", "interesante" y "bariolé" se le caen de la boca como un ropero de tres cuerpos. (En el Club de "Las Amiguitas del Arte" se venden los domingos las deliciosas empanadas Proust).

Liberata ha inventado un *Perfum a brûler* y habla de Joyce y de Celine porque no los lee. Pues se lee a estos escritores o se vive, una de dos.

El mozo, pervertido por la calefacción central, anunció con displicencia:

—Signorina Gugú, el señor Orsini y otra señora.

Automáticamente, Liberata se pone rouge y opta por una pose semiegipcia.

—Adelante.

—Aló, Liberata.

—Good afternoon.

—¡Linda!

—No se sienten tan lejos. En el lit de repos cabemos los tres.

—¿Por qué no fuiste al Jockey esta mañana? Guelfo nos convidó el aperitivo. ¿Verdad, Jaco?

—Verdad, Gugú. No veo para qué vas a seguir mintiendo.

—Estúpido.

—Tú, que ni siquiera mientes por mentir.

—Grosero.

—Basta ya. ¿Han tomado mi boudoir por un ring?

Como un boxeador que, de súbito, se enterneciera, Jaco terminó el round con un beso.

Las biografías heroicas no han surtido efecto en el carácter de este campeón de bridge. Sus autores se las presentan noveladas, y él, como todas las novelas, las olvida en seguida. No obstante, la vida

del cínico Fouché y la de Enrique VIII, el Barba Azul, fecundaron su espíritu. Teniendo en cuenta varios casos como éste y en pro de la sólida formación de los caracteres, sería obvio que estos escritores de biografías animaran las vidas de los pillos de verdadero interés que no han pasado todavía a la historia.

—Mañana hay fiesta en el Country—dijo Gugú.—Melita nos acompañará.

—¿No la topaste en la puerta? Acaba de pelear conmigo.

—¿Por qué?

—Cuestión de modas, hija mía. Me he propuesto convencerla de que practique el nudismo este verano.

—No, Liberata, no nos desacredites más ante los hombres. Melita es como los negros: nunca acaba de desvestirse bien...

Verónica, una de las pocas amigas de Liberata que no tiene nombre de perro, hojeaba, entretanto, una revista de arte.

—¿Y esto, qué es esto?—preguntó extrañada, señalando el Lamento de Steinguh.

Liberata pontificó:

—Una cabeza soñada; una obra de arte.

—Parece un signo de interrogación.

—¡Ah! ustedes no se enterarán nunca de lo que es *la sugerencia* en arte. La Paulina Bonaparte los ha convertido en flanes.

Hubo un minuto de silencio estético. Verónica y Gugú se codearon.

—El cocktail de esta mañana me cayó mal. Tengo ácido el estómago—dijo Jaco, quejándose con perversidad.

—¡Qué ordinario eres! En el secrétaire de mi cuarto hay un tubo de Magnesia Divina.

El reloj de San Francisco dió las seis.

Cogiendo el hilo de su monomanía literaria, Liberata colocó al fin la frase sublime que fabricaba todas las noches, para repetir al día siguiente:

—El terrible tropicalismo de la poesía indoamericana se ha enfriado seriamente en nuestro país. ¡Qué admirable!

Pero Jaco estaba de mal humor:

—Ha sido algo así como meter un papagayo en un refrigerador.

Desde aquella tarde, Liberata le tomó un odio de tragedia griega.

—Guelfo se atrasa. Siempre tiene entre manos algo más importante que ser bien educado. Pero hoy lo perdono.

El mozo, dispuesto a todo como un boy anamita, interrumpió a Liberata:

—El señor Guelfo y dos señoritas.

Liberata cambió de pose como un camaleón. Desde el vestíbulo llegaron las carcajadas varoniles de Simona y la voz atiplada de Fernando. Son éstos dos amigos inseparables que se guardan las espaldas ya que no pueden guardarse amor. Ella, como esos médicos que aseguran que no existen enfermedades, sino enfermos, garantiza que no hay homosexualidad, sino homosexuales. Esta mística Safo con carnet de chofer, que aceita su máquina en overall, tiene las cejas más expresivas que la boca y una cálida voz de miel de palma. El abuso del Hené le ha puesto el cabello verde. Por curiosidad, se dejó bombardear por la pasión asfixiante de un *boche* durante la guerra, pero—¡oh! paradoja—logró reconstruirse en pleno Chemin des Dames...

Fernando es un joven más equívoco que distinguido, muy aficionado a sacarle punta a los sentimientos. Habla en apólogos, como el Wilde que ansiaba "probar otra cosa", cuando el destino empezaba a divertirse a costa de él. Esa "otra cosa" fueron los trabajos forzados. El mundo—pero el mundo es tan malo—cuenta que Fernando se alarga los ojos con un lápiz Faber; que sabe imitar cicatrices con éter y colodión; que sale de noche vestido de apache y... De todos modos, como las ganas de "vivir su vida" no le faltan, le echa la culpa de todo al siglo, sin darse cuenta de que no la tienen ninguno de los dos. El Armisticio, que admitió y dió el pase a todos los desenfrenos imaginables, coronó su victoria sobre el pudor.

No obstante su vocación de novio formal, Guelfo es el confidente de Fernando. La curiosidad, madre de la ciencia y de la indecencia, agota el complejo sentimental de este hombre hecho y derecho que vibra a través de los demás e imprime en las paredes de los sitios más privados sus deseos más recónditos. En verdad, la muralla no es tan sólo el papel de la canalla; es la mujer o el digno amante de los pusilánimes y de los cobardes.

Cuando entró Guelfo, los ojos de Liberata eran dos estrellas corciantes. Su calma inmoral no es, en realidad, sino el decoro de su inquietud. Teme que crucifiquen a Guelfo en la misma cruz que ayuda a cargar a Fernando, como a un Cirineo demasiado condescendiente.

Al poco rato, el salón croaba como una redoma repleta de ra-

nas. El high-life, visto desde fuera, quedó reducido a polvillo bajo el implacable comentario de buena fe.

Liberata no vive sola. En el primer piso vegetan sus tías maternas, que, según ella, se han propuesto no morir con el único fin de mortificarla. Las dos vírgenes incandescentes, arrellenadas en una especie de sofá Pombalino, demoran la conclusión de un chal a pailillo, para llevar tejido a la otra vida. A fuerza de albayalde, solimán fino y leches benéficas burlan la erosión de los setenta y pico. Pero, a las ocho de la noche, los afeites se han aconchado ya en la honda red de sus arrugas, como la tierra en el fondo de los canales. Usan unas pelucas que parecen cuentos marseleses y altos cuellos de punto blanco, cuyas barbas son los últimos sostenes de esa carne que el tiempo les baja como un store. Lloriquean al pie de un gramófono con difteria, absorbiendo dos vaselinosas melodías de Tosti o la eterna Santa Lucía lontana. La trompeta de Wagner las acoquina y creen que Debussy es el Anticristo en forma de Solfeo. Nunca han hecho nada por nadie y ven el mundo a través de una máscara de maligna bondad. Parece que la muerte no sabe que Dios las creó.

—¡Micaela! ¡Micaela!

—Micaela había escondido la trompetilla bajo un cojín. La usó con todo disimulo.

—¿Me hablabas?

Distraída, Anita le pidió el periódico por señas.

—¡Si oigo, niña, si oigo! ¡Faltaba más!

—Quiero ver el retrato de Guelfo.

—Lo tomaron a la salida de la iglesia. ¡Qué boda tan cursi!

—A ver... Pero si ella es un pelo de choclo. De novia, parece un gusano de seda.

—Dicen que tiene tres millones de nacionales.

—Vamos, hija, que hoy en día, en pesos, son... Guelfo no era para ti, Liberata. Picaba más alto.

Liberata se calentaba los pies frente a un radiador.

—Tía Ana, me harás el favor de no recordármelo. No vale la pena.

Para escuchar el rumor interno de su enternecimiento, Micaela

se aplicó la trompetilla. Luego seseó con su dentadura azulosa y pareja hasta lo inverosímil.

—Por lo menos, deja que tus tías te consuelen.

—¿De qué?

—De... —corearon las tías, pero, evocando su primera juventud, no se atrevieron a continuar en ese tono.

Las planchas de dientes de Anita y Micaela fueron confeccionadas con tanto esmero que dan la sensación de que tienen un diente de más.

El cortinaje verde tamiza una fresca luz de acuario. En la pared, ponceada hasta la lepra, entre una litografía para tomarle horror a Sorrento y un retrato con una bendición de Pío XI, una abuelita que hace sospechar que su familia cuenta con muchos lustrós de inevitable ridiculez, se asoma a un marco veneciano, como por un ventanuco. Sobre una credencia de nogal tallado hay una virgen florentina rodeada de frutas de porcelana, como en una comptera del suplicio de Tántalo.

Cuando, a las doce en punto, Anita y Micaela salen al balcón, parecen dos pajaritos de un reloj de Cuco.

El mozo anunció:

—Signorina Melita.

Micaela escondió la trompetilla y Anita se esponjó un rizo auténtico. La amiga de la infancia entró sigilosa como a una casa de duelo.

—Buenas tardes.

Liberata no se movió.

—Buenas, Melita.

Después de un mutuo acuerdo, las dos glorias de Pavía se disculparon y salieron seguidas de un inmundo lulú de Pomeramia que saltó no se sabe de dónde.

—Estuve ayer en el matrimonio de Guelfo. Asistió toda la colonia.

Pero, muy a tiempo, Melita se acordó de los Emporios, de los faltes con sandalias y camiseta azul, de los horteras con guardapclvos amarillos y toscano en la boca y corrigió:

—Lo más granado de la colonia. El Embajador fué un padrino suntuoso.

—¿Y Guido, estaba Guido Spinelli?

—Estaba, por cierto. Me galanteó toda la tarde.

—Espejismos, Melita, simples espejismos.

—La novia es un pescado con plumas y bigotes. No comprendo a Guelfo. Porque, al fin y al cabo, tú...

—Yo, encantada. Si conocieras la felicidad de tener un amante no te atreverías a hablar de matrimonios.

—No se me ocurriría hablar del noviazgo si tuviera un amante. Sería muy optimista. Además, los amantes de profesión son los últimos en convertirse en maridos; prefieren ser sus parásitos. Por otra parte, conocen tanto el terreno que pisan. Pero ya no me engañas, Liberata. Eso sí que tienes una forma de despecho bastante shocking.

—Te juro que es verdad. Tarde o temprano tenía que suceder. Soy la amante de Guido Spinelli.

—¡Liberata en la calle del medio!

—La calle del medio tiene un espléndido pavimento, Melita. Además, transita por ella gente muy conocida, muy chic. Y sin contar los infinitos agrados que proporciona, me ofrece la oportunidad de encontrar en ella a esas personas "realmente bien" que, dicho sea de paso, nunca logré conocer.

Si hubiera habido un diván a mano, Melita se habría desmayado. Liberata iba a conocer sus secretos de alcoba.

En una esquina de la calle Londres, al pie de una ventana iluminada, un Alfa-Romeo trepida de amor. Frente al espejo más piadoso de su toilette, Liberata se da los últimos toques de rimmel. Sensual, decorativa, estúpida, con los nervios convertidos en tentáculos, le ha dado con la puerta en las narices al spleen. No, Liberata no quiere ser como esas estrellas que, después de brillar intensamente, sucumben en el Saco de Carbón. No piensa tampoco añejarse en la cava de la solteronía, para ofrecer al Cielo su virginidad como una sidra un poco agria. Por eso, al abandonar la funesta idea de que más allá de los treinta años hay un abismo insondable, hizo luz alrededor suyo, resolvió su propia hipótesis y demostró que la Esfinge para la exportación no ocultaba ningún secreto digno de interés, entregándose al primer postor, a esa mezcla de sémola y Carnaval de Venecia de Guido Spinelli.

Después de perfumarse con toda mala intención, Liberata se puso una capa de fulgurante digna de la Tercera Juventud de Madame Prune. Con la boca espesa de rouge y las pestañas semi-soft, bajó en puntillas, ensayando una sonrisa de aperitivo.

Y cayó más tarde en el lugar común de besarse en público; sintió el roce de las miradas que brillan como libras esterlinas; palpó la insolencia de la billetera llena en gentes de cerebro vacío; adivinó el poder diabólico de ciertas insinuaciones extraviadas y se granjeó la envidia de las viejas cortesanas ricas, vestidas apenas con la etiqueta de un gran modisto.

Flotando en el humo de los cigarros, con el corazón dormido sobre el vapor del champagne, al compás de una lejana acordeón, bailó en el vacío el último tango.

El candor matinal refresca como un canto de pájaros bajo la lluvia. Los tañidos de las campanas de San Francisco endulzan el aire diáfano que imprime un temblor infantil a las hojas nuevas. La inocencia de la tierra lava las impurezas y desnuda el alma de Liberata. Porque la mañana deja una flor de rocío en el corazón de todos los que se duermen en su pecho.

—Show me the way to go home. Show me...

—¿En pie ya?

—No me he acostado todavía.

—¿Qué horrores dices?

—Me mancharon el tapado con Oporto. Estoy limpiándolo.

—Abrenos la puerta.

—No, tía Micaela, no quiero ver a nadie. Estoy tan ojerosa que te asustarías.

Estalló una risa nerviosa, como un cristal que se quiebra.

—¿Dónde estuviste anoche?

—No sé, no recuerdo. Creo que en un cabaret.

—Vámonos, Ana. Esta niña amanece escandalizando a sus tías. De seguro que está levantándose para ir a misa de siete.

ESCENARIO DE JUANITO-ROSADO

Una mujer no es la misma para todos.—Anatole
France.

Juanito-Rosado tiene un papá socio del Club Hípico y una mamá señora de gran mundo. Juanito-Rosado es huérfana. En la pila bautismal nadaron sus cinco nombres de criolla millonaria, pero sus amigos la llaman simplemente Juanito-Rosado.

No es trabajo de romanos buscar en el calendario de los aperitivos el día de Jack-Rosie, la cabeza más resistente del grupo de avance social. En efecto, hasta ahora nadie la oído confesar cuánta renta tiene su padre, después de haber ingerido una batería de cocktails. Habla, eso sí, del Kiss-me-quick, del Sensation y del Gin-Fizz, en el mismo tono con que las niñas de manto comentaban el sermón de las Tres Horas.

Un empleado de la Agencia Cook le mostró París, desde el Ritz hasta el Poteau de Vincennes. Y, cuando regresó de Europa, tenía ya el aire de una perfecta cocotte. Como no le había ocurrido nada extraordinario, el Faubourg Saint-Germain no se enteró de su paso por allí, tan bullado entre su familia.

Es ocre a fuerza de yodo. Linda y fina como esas "Princesas de Amor" de Judich Gautier, relata, como esta autora, historias estilizadas de mujeree trágicas. El Japón la vuelve loca. Lo ha recorrido y lleva un recuerdo de su dulzura en la luz de sus ojos rasgados a pincel. Ni Lafcario Hearn, ni Pierre Loti, ni Gómez Carrillo, ni Blasco Ibáñez, ni Paul Morand, han logrado lavar sus imágenes de Oriente, salpicadas con la sangre del harakiri que un boy de Tokio fingió hacerse en su honor.

Para darle gusto, la Novela Rosa habría sido capaz de publicar

algunos libros de Pitigrilli o del Carretero Audaz. Los estrenos cinematográficos ejercen tal influencia en su psicología, que logran hacerla cambiar de amistades. Su mezcla de desvergüenza y de candor virginal la tienen en un círculo luminoso a los pies de la sociedad, como a la bailarina de un gran cabaret. Vive de reflejos, habla como todo el quinto año de los Sagrados Corazones, dice groserías en secreto, es inculta hasta lo admirable y tiene un sentido del ridículo, con esa gracia fulminante del público de las galerías. Cuando Juanito-Rosado fuma, da la sensación de que está fumándose.

La orquesta del Savoy es una ducha alegre que hace entrar en calor a esa concurrencia algo fiambre del aperitivo. La rumba cimbreo sus caderas de mulata, que un empuje cadencioso de muslos repletos de savia intenta dominar. Las grupas redondas y firmes evocan las más substanciosas frutas del trópico.

El Savoy era un sitio de moda para gente de moda; pero ni el alza de los precios fija la selección en lugares de esta categoría. El temible fenómeno del mimetismo social tiende sus lazos en las mesas del bar. Pero lo cierto es que esa élite que asalta sus mesas, vive añorando una corte más estirada que la de los Luises, cuya existencia mítica hace sonreír a los extranjeros que almuerzan langostas de Juan Fernández vestidos a lo Róbinson Crusoe.

Nuestros esquimales mundanos se divierten por obligación, de memoria o como dirigidos por una batuta invisible. Pero, como su postura ficticia no es más que una fineza a base de chabacanería, el "juego de paciencia" social que significa todo protocolo, estalla muy pronto en una merienda de negros.

¡Y las diversiones sanas de los conciertos de aficionados elegantes! ¡Ah! ésta es la gracia obligatoria de la chochez hogareña, con música de Strauss.

Juanito-Rosado entra al bar rodeada de muchachas elegantes. Ha bailado con el Príncipe de Gales en la gran recepción del Congreso y se atrae la estupefacción de los asistentes. En un rincón, una señora soltera toma a lo trágico su papel de redactora de Vida Social. ¡Qué desgracia es no poder hacer figurar al Príncipe Máximo ni a Lady de Kandaar en sus listas espaciadas! Sin embargo, le tiene una gran desconfianza a esos príncipes rusos con mucha balalaika, mucho "ma grrand merr la Grrand Duchesse Tatiana fuzzielé", mucho

icono y poco caviar, porque aparecen primero en las listas de los banquetes oficiales y en seguida en la Revista Policial de la Sección de Seguridad. De todos modos, el Gotha no funciona bien en Sudamérica. Las genealogías de los nuevos apellidos en curso pueden estudiarse en los Guías Telefónicos. Pero la verdad es que se ha escrito aquí más historia de la que haya podido acontecer.

El grupo de Juanito-Rosado se une al de algunos muchachos y ocupa una mesa teatral. El maitre les reparte rosas blancas. A los jóvenes, ceniceros para echarse al bolsillo.

Nina simula darse colorete por centésima vez; María Loreto, con su cara de niña de la película, se empeña en recordarles que ella también bailó con Eduardo de Saboya en Palacio. María de la Luz evoca una fabulosa mañana en compañía del Marajah de Kapurtala. Su locuacidad podría hacerle competencia a la de Scherezade. Es un aperitivo casi imperial.

La orquesta rocía la virulenta intimidad del ambiente con un vals de Chopin, romántico y fuera de tono. Juanito-Rosado enmudece y espera. Espera con los ojos, con los gestos, con las manos. Por fin, aparece en el portier un aviador con cara de niño 1900. Juanito-Rosado se levanta, estirándose la faja como si nadie existiera a su alrededor. Es una de las tantas cosas mal que hace la gente bien; una de las demostraciones públicas de su barbarie exquisita.

—Jack, el médico, asegura que lo de Jimmy será cuestión de un mes en cama. El aeroplano iba a muy poca altura, gracias a Dios. Me apena, Jimmy, sabe. Por encargo suyo, la impondré de su salud hasta que mejore. Cuente con mi discreción.

—Gracias, Pablo. Me ha sacado una espina del corazón. Ahora vamos a tomar un copetín para levantar el espíritu.

El infeliz emisario estaba más enamorado de Juanito que el aviador. Le era muy doloroso decirle por encargo del amigo lo que su corazón sentía hasta el sacrificio. De tanto hacer el Don Juan de segunda mano, había llegado a sugestionarse. El amor era una dulce enfermedad de su espíritu, como la perla es el maravilloso mal de las ostras. Cuando Juanito-Rosado oía sus confesiones, veía doble.

Una noche, en el golf, Juanito-Rosado estuvo deslumbrante. El champagne se asomaba a sus ojos dorados y sus manos parecían esfumarse con los globos que saltaban de mesa en mesa. Del césped

de las canchas se desprendía una frescura verde y juvenil. Las guirnalda eléctricas, el jazz y los lujosos trajes de noche comunicaban al paisaje abierto un sentido doméstico y temperado de humanidad satisfecha.

Un solterón con un árbol genealógico lleno de injertos indios, la hizo perder casi todos sus bailes con su cháchara de vieja colonial. Desde aquella noche, lo tuvo de sombra en todas partes. Y la calva del solterón, imprescindible adorno de matrimonios y cotillones, como los afiches de un dentífrico, sonreía llenándose de destellos, cuando la veía aparecer. La peor de sus virtudes, era, sin duda, su manía inveterada de fabricar y repetir frases.

—Al otro lado de los Pirineos está el Africa—decía Dumas. Pero si viviera el maestro francés y mirara desde Madrid a sus refinados compatriotas en éxtasis ante los brincos de la Baker, hablaría con razón.

Pero Juanito admiraba su cuerpo como de madera pulida. La vio aparecer en París rompiendo el cascarón de un huevo gigantesco y descolgarse como un tití de una luna de brillos en el Victoria. Las bananas tomaban sobre sus caderas un ritmo todavía más incitante que el collar de gris-gris enredado en las flechas de sus pezones de fresa. Al terminar sus danzas lentas como siestas tropicales o frenéticas como pájaros de hélices, Josephine brillaba de traspiración como un árbol resinoso. Juanito-Rosado bendice al más espléndido regalo que hizo América, como una reina maga, a la juventud de la vieja Europa, reventada en el lodo de las trincheras.

—Lo que sostiene las peluquerías y los institutos de belleza es la decadencia de Afrodita y Adonis—dice el solterón, celebrándose con gran estrépito.

Después, agrega invariablemente:

—No hay nada más ordinario que regalar cosas útiles.

Pero Juanito-Rosado prefiere un beso en las orejas en la obscuridad de un cine que las frases cocinadas con mantequilla de cacao.

Juanito-Rosado da esperanzas al solterón, recibe flores de un desconocido, piensa en Jimmy y se besa con Pablo. La boca de Pablo es sinuosa y succulenta como la del Esclavo Herido. Jimmy crece en su imaginación como todo lo que hemos amado y se nos va. Pablo es la realidad con un mensaje del sueño.

Las fiestas de Embajadas y Legaciones tienen el encanto de las calles cosmopolitas de los grandes puertos. El invitado se siente en libertad. Las fiestas de los hoteles de lujo, últimos reductos de los aristócratas expulsados de sus fríos salones por lo acreedores semita o por los nuevos ricos, asocian la finura obligatoria de los que tienen responsabilidades decorativas, dentro de la estrechez de su ambiente, a la desenvuelta despreocupación de los viajeros con buena moneda.

Las reuniones de los hoteles son equilibradas y amables. Pero, un baile de quinientas personas para presentar a una muchacha en sociedad, sólo pueden soportarlo las que se presentan en sociedad, como los mártires cristianos soportaban los afinados tormentos de Nerón, con la esperanza del Paraíso. Y el Paraíso de la gente bien consiste en hacer su voluntad, a veces peligrosa, sin ser un desconocido desprovisto de privilegios. Una fiesta cuyos invitados se han puesto trajes de etiqueta por primera vez, tiene la ternura cándida de un bautizo y la triste solemnidad de una toma de hábito. Por una copa de ponche se cede el baile que, un cuarto para las cinco de la mañana, se logró conseguir a fuerza de derretirse junto con el almidón de la camisa. El alma de Torquemada flota en las piezas de vestir de las muchachas. Y, cuando se abre el buffet, los jóvenes se apelotonan en la puerta del comedor, como los rebaños en los cierres de los potreros. ¡Ah! el canibalismo distinguido.

Entre los asistentes al baile de *Tutú* (sombrenombre *unic in the world*) hay aristocráticos empleados de Banco, condenados a ignorancia perpetua; hijos de terratenientes, librados del servicios militar, gracias a la conocida enfermedad del certificado médico; golosos herederos de un frac y de una deuda a la Caja Hipotecaria; hombres bien hombres, héroes del Stade Francais; gente común y corriente; algunos orgullosos y, algo peor, los ingeniosos a toda costa.

La dueña de casa, una de esas señoras que se dejan la cara en adobo todas las noches, recuerda a aquella Lady, heroína de Oscar Wilde, que pretendió inaugurar un salón y no logró sino abrir un restaurante.

Doña Benedicta, como se llama pontificiamente esta víctima de los bigudís, no se cansa de publicar la lista de los asistentes a su bridge semanal, aunque en su casa no se juegue sino Carga Burro. Pero tiene, en cambio, una de las ciento veintiséis camas en que durmió la Reina Isabel, a pesar de que en Inglaterra van vendidas ya mil doscientas veintiséis.

Juanito-Rosado coquettea rodeada de admiradores. Cada uno pone,

como puede, una cara de agudeza que hubiera envidiado el propio Aretino. En medio de un coro de muchachitos con los cuerpos moldeados por el agua de las piscinas y los cabellos lustrosos de gominina, una invicta fragata del gran mundo, infatigable comensal en todos los sitios de buen tono, donde no se exige juventud, sino plata para la entrada, relata un cuento colorado.

—Adán y Eva discutían acaloradamente. Las bestias, los árboles y las flores estaban atónitos. Como Adán subía la voz más y más, Dios, que en aquel entonces visitaba la tierra con mayor frecuencia (estaba amoblándola todavía), oyó sus disparates y estuvo a punto de enviar un Arcángel para que le cortara la lengua. Temerosa Eva de atraerse la ira divina, a pesar de sus dotes parlamentarias, gritó a su esposo: ¡Basta, Adán, doblemos la hoja!

Sentados en un sofá, dos ases del polo faltan a la caridad, se hacen confidencias mutuas. Uno introduce al otro en sociedad, y éste le paga con corbatas, cocktails y cigarrillos egipcios. El anfitrión tiene una fama deplorable, pero se le tolera, pues su papá es dueño de dos metros de estuco en la fachada de la Universidad Católica.

Un político conservador, olor a pasta de libros y verdadero Tónel de las Danaides, se les acerca sonriendo:

—¡Con polvos ocre, jovencitos! Muy a la moda, ¿no es cierto?

—No, señor, es que tenemos ictericia...

Desde el hall llegó un ruido de aplausos y aclamaciones. Minutos después apareció Jimmy en el salón. Lo seguía Pablo, lívido, intranquilo. Todos creyeron que, por lo menos, Juanito-Rosado iba a desmayarse de alegría. Pero no: les dió la mano con frialdad y se retiró de la fiesta.

Algo acaba de partirse en tres pedazos dentro de su pecho.

LA LOCURA DE DON FABIAN

—¿Qué significan esas placas de bronce, madre?

—Perpetuan los nombres de los fundadores de esta casa, hijo.

—¿Será cierto que en la puerta del Paraíso hay un tablero con el nombre de todos los bienaventurados?

—Si así fuera, el tablero sería como el libro de ingreso de un Open-door, porque el mundo...

Sor Teresa caminaba con pasos de gasa. El roce musical de su rosario al caminar, iba anunciándola como los pájaros a la mañana.

—¿Cuáles son los enfermos que la molestan más?

—¡Señor, por amor de Dios, si son todos tan dóciles los pobres!

Atravesamos el claustro y entramos al patio de los orates. El esplendor de la mañana contrastaba con la atormentada lividez de sus rostros desencajados. La precisa ascensión del sol era un llamado al orden en medio de aquel extraño mundo de guiños fantásticos y de palabras incoherentes. El universo volvíase estrecho para contener todos los espejismos que proyectaban aquellos cerebros roídos por gusanos de luz.

Después de conversar con algunos locos y de manifestarles mi alegría de alternar con Hamlet, con Don Quijote o con Luis XV, Sor Teresa me condujo, según su fórmula, al recinto de los locos cuerdos. En un corredor nos topamos con dos señoras. La religiosa me dijo con un tono de perfecto cicerone:

—Estas son visitas.

—Las conozco—respondí.—Son dos Mujeres Emancipadas capaces de volver loco a un tonto.

—Yo las dejaría en casa siempre que no me volvieran tontos a

los locos. Perderían todo su encanto. Así, sin chaveta, viven fuera de la vida, como hechizados... La muerte les huye y Dios los bendice.

En el trayecto le hice otra confesión:

—Me dan más pena los locos que las locas. Los hombres conservan su ternura secreta, las mujeres pierden hasta la decencia. Después añadí, como cualquier charlatán: "El misterio de la locura tiene la misma profundidad que el misterio del amor".

Pero, esta vez, Sor Teresa guardó silencio. Se detuvo frente a una ventana y llamó:

—Don Fabián, don Fabián...

Desde el interior de la alcoba una voz amable nos invitó a pasar.

—Don Fabián es todo un gentilhombre—me dijo Sor Teresa.—Le será tarea difícil notar sus desvaríos.

Don Fabián estaba al corriente de los últimos acontecimientos y los comentaba con muy buen juicio. Además, me dijo que los baños de barro curaban el insomnio. Pero, en cuanto Sor Teresa se descuidó, con aire de contrabandista, introdujo en mi bolsillo una carta abierta.

—Póngale sello y envíela hoy mismo—me dijo al oído.

Nos despedimos. Afuera, libres ya de ese pesado olor a medicinas y a papel de armenia, Sor Teresa intentó explicar:

—Si a este pobre caballero no le hubiera dado por creerse de quince, por saltar las tapias y enamorar a cuanta mujer existe y no existe, podríamos considerarlo normal. Ahora tiene una angina incurable; de otro modo, le aseguro a usted que lo habría invitado a realizar más de alguna locura juvenil.

En efecto, la carta iba dirigida a una Dulcinea mitológica, imposible.

La campana del Angelus interrumpió nuestro coloquio. Me despedí de Sor Teresa, dejándole una limosna con la condición de que no hiciera grabar mi nombre en la plancha de los fundadores.

Pasaron los meses y me olvidé de don Fabián. Pero un asunto urgente me obligó a ir otra vez al sanatorio. Supe allí por Sor Teresa que don Fabián había muerto. La religiosa conservaba aún en su escritorio el papel arrugado que halló el enfermero bajo la almohada del demente. Con letra que revelaba un pulso firme, alguien había escrito en él la más peligrosa frase de Wilde: "Para recobrar la juventud no tiene uno más que repetir sus locuras".

Si la fundadora de la Christian Science hubiera sido más culta, se habría valido de ella como de un conjuro para rechazar la vejez y la enfermedad, las dos enemigas mortales de sus sacrosantas pampinas. De angina habría muerto, y no de vejez y de angina, como don Fabián.

ASCENSION Y MUERTE DE JUAN SANTANDER

Una herida urbana, infesta y larga: el conventillo del Diablo.

Las piezas son pequeñas chozas incrustadas en una choza de media cuadra, que se parte en un patio como un boquerón. La acequia que arrastra los desperdicios de la vida en común les humedece el suelo y los ladrillos se sueltan. La inaudita curvatura de sus murallas engrifa la calamina de los techos. Pero la casa del roto choro, con todas sus dependencias, cabe en una pieza del conventillo. Donde se pone la mesa es el comedor; donde están las silleas y el espejo cubierto de velos, la sala... El parrón cumple dos deberes: deja secarse la ropa interior de los inquilinos y sostiene en lo más alto unos racimos que, entrado abril, descuelga la mayordoma. Las pasas dañan una memoria despiadada a esta vieja rechoncha y lagarta, que depende de un moño retinto y es una torreja de la Cordillera de la Costa, con bata floreada, zuecos y chal de merino.

El día es la gresca de mujeres con mujeres; la noche, el batifondo de hombres y mujeres. En seguida revienta el amor. Un amor ruidoso y sin recato, como la hora de comer o de descomer. Después viene la manga de chiquillos, que reptan entre las basuras hasta que son "cabros" y aguantan las patadas. Sólo el volantín chupete los hace mirar al cielo, como para levantarlos de la miseria.

Y la vida así es inclemente, virulenta, pero es vida.

Algunos viejos se sientan en la acera hasta que obscurece. Caída la tarde, llegan los guainas jornaleros. Traen los ojos negros, ardiendo; más arqueadas que nunca las piernas cortas y recias de caballo chileno; quemante de sol el pecho desnudo, y en la boca grande, como una mora hinchada, les viene doliendo el deseo y un ansia sexual de pelear. El resplandor moreno de la carne prieta disipa

los andrajos y la china comedora sabe que su ñato tiene el alma em-
potrada en el cuerpo.

La mañana pura se ensucia en el patio del conventillo. El cre-
púsculo acaba por dormirse en un potrillo de chacolo y la noche
estrellada zumba como un papel de moscas.

Si hay luna llena se ahorran velas y al paco Chacón se le calienta
la jeta. Entonces cabrillea la cueca, los cogollos florecen al ras de
la guitarra, Ña Ismenia saca la suerte en el naípe, corre la Cola
de mono y On Gumercindo Cid cuenta lo que hizo el sargento
Aldea.

—¡Mi chey! ¡Maiga quería! ¡Negra perra! ¡M'es qué albahaca!
¡Quita p'allá! ¡Cállate, guachuchero! ¡Ope, pata e bote, boca e ni-
cho! ¡Bota esas cáscaras, moledera! ¡Asosiéguese, mi linda!

*¡Digan lo que digan,
no hay como mi Juana!
La mando en la tardecita
y llega por la mañana.*

A veces la remolienda va en procesión por las piezas del conven-
tillo. Todo depende de cierto geniecillo pendenciero que colea en
el concho de la mona. Cualquiera noche de bartola un celoso bien
"añiñao" le tajea el vientre al compadre Sofanor, como quien cala
una sandía. ¡Y que el ánima lo meta al cepo, si puede!

Un veinte de pan, un diez de yerba y la yapa. El dueño no quiere
rellenar unos forados y los bachichas de la esquina subieron el azú-
car porque sí. Cuando arrancan las chinches, llegan las goteras. Si
se va el verano, queda el brasero. ¡Y hasta el otro año!

El nacimiento

En la última pieza, hundida en un ancho catre de fierro, una
mujer cuarentona aguarda a la partera. El marido mide el cuarto con
los pasos, mientras cuenta los minutos. Sus fofas y expresivas manos
de ocioso explican mejor que el rostro ese calvario de esperar. Va
hasta el lecho, mira sin ver y reanuda el paseo. Su corazón marca
el tiempo con un desesperante tic-tac.

El cuarto despide un agrio hedor a enlucido fresco. Del costillar
de las vigas penden sartas de cebollas. Sobre el mármol de la cómo-
da, entre una alcuza rota, dos palmas trenzadas y un tarjetero ja-

ponés, la imagen de San Judas Tadeo recibe la ofrenda de una llamita embebida de esperma. En torno a la percha, la sombra inventa un sombrero alón, como ese que proyecta lucir el marido cuando llueva del cielo un maná de billetes. Un espejo trizado engaña a las moscas y el humo del último pucho se enrosca al polvillo del sol. Monótono, lacrimoso, el caño del patio destila en una artesa su tonada.

De pronto, un lamento en el fondo de la alcoba. Luego otro y otro, envueltos en una ola de palabras sin sentido. El hombre lía maquinalmente un cigarrillo. Se agolpan sus pensamientos. "¿Pero qué estoy esperando? ¿Por qué grita mi mujer, si no le he pegado?" Pero los quejidos van semejándose a los de una perra herida.

Y sale del cuarto, desatentado como un ciego. Sin pensar en la matrona, corre en su busca, hecho un rayo.

Los tremidos retumban entre las cuatro paredes. Acude una vecina, idiotizada de miedo. Muchas veces ha librado a la señora de las garras del marido; son inútiles ahora sus recursos. El último grito se trenza con el pregón de un heladero y otra criatura llega a hacer número... Gorda, solícita, la comadrona aparece en el umbral. Es un médico como muchos médicos: da el diagnóstico después que el paciente ha muerto. El padre está alegre porque el niño es hombre. La madre aun no lo sabe. En la calle berrinchan "Las Últimas Noticias" y un gramófono se muere de carraspera.

La niñez

El niño Juan Santander nunca pareció niño. Aunque no entendiésemos las obscenidades que oía proferir a su padre y las "rendías" de sus compañeros de juego, por la malicia natural que bailaba en sus ojos y ese gesto sabio de la boca cochina, aparentaba más suciedad de alma que el peor carrilano.

Hasta los trece años, pasada la etapa semiinconsciente, engañosa, casi feliz de la primera infancia, vivió con la única dicha de las bolitas de piedra, el "chupe" y un cinematográfico pillaje de marraquetas y volantines parchados.

El gusto de salir a la calle le anesthesiaba el estómago. Siempre quedaba debajo de la mesa y había que pegarle para que se lavara las orejas. Pero el júbilo de capear los coches hacía brotar en sus mejillas ese buen color que le hubiera dado una alimentación de gente... A los catorce años entró a una escuela pública, donde

aprendió a leer, a escribir y a hacer cosas de perro. Al cabo de dos meses fué expulsado por fumar escondido en los retretes y fabricar unas hondas elásticas e infernales. Diríase que Juan pensaba que es más fácil quebrar los vidrios que lavarlos.

La madre, que trabajaba por todos, consiguió con el buen párroco que tomara a su niño para los mandados.

En casa del presbítero, Juanito aprendió a ayudar misa y, no sin protestas, a lavarse más de lo necesario. Los ejemplos del Catecismo, las comidas de la parroquia—verdaderos festines—el incienso mareador y la obligatoria continencia de sus desenfrenos callejeros, mezcláronse raramente con el despertar de sus pequeñas pasiones. Volvióse díscolo y calculador. Recogía todo lo inservible de la sacristía y de la casa parroquial. En un cajón acumulaba los misteriosos hallazgos. Hablaba fuerte, pero sus ademanes tenían ya cierta femineidad de sacristán. No obstante su carácter resuelto, sus ojos revelaban una triste timidez de epiléptico o de perro enfermo.

Un jueves por la noche vino una vecina del conventillo a avisarle que su padre había muerto. ¿Quién sabe si Juan se conmovió? ¿Había perdido ya el hábito de la familia?

Al día siguiente, su madre fué a trabajar como de costumbre. El patrón, impuesto de la desgracia, le dijo: "Hija, te dejo libre". Pero ella le respondió: "Pa qué, señor. Hoy es viernes, sábado mañana... El domingo lo entierro y lo lloro... Pa mientras, lo dejé en la pieza con llave".

A Juan le tocó velarlo durante dos días. Pero ni la descomposición del cadáver, ni la pena, ni la macabra vigilia nocturna dejaron huellas en su corazón de niño.

El adolescente

Mientras el cuerpo moreno de los palomillas que empujaron su niñez se estiraba, sus caras tomaban asunto y bajo la piel soleada y pelusienta corrían los músculos nuevos, débil e indeciso, Juan Santander perduraba en una suerte de infancia grande, suberosa, inestable.

Hastiado de pasar vinajeras y de servir de recadero, había regresado a la pieza del conventillo. Como al arreglar para él los únicos dos trajes del padre difunto, notara tanta facilidad para la costura, su madre lo puso de aprendiz en la tienda de un sastre remendón. A los pocos meses volaba la aguja entre sus dedos chatos, que

hacían verdaderos primores. Aprendió el idioma característico del oficio: "Señor, permítame un momento, este pantalón está mal impreso. Perdón, señora, a ver, creo que hay que reforzar la basta. Es preciso darle más holgura a ese talle".

Sus modos, su lenguaje, su alma, se nutrieron en el ambiente de la sastrería hasta el punto de volverlo todo un sastre. Este mimetismo abarcaba también la comarca del olor. En su casa y en el camarín de las pruebas era él quien dejaba ese aroma a tela engomada y a vapor de plancha.

La completa dedicación al trabajo y las ocho horas de sueño aplacaron sus ímpetus sexuales que, en el umbral de la pubertad, querían devorarle la sangre y reemplazaban su inteligencia por una constante visión libidinosa. En los momentos de descanso hacía flores de mano y fileteaba manteles de papel. Poco a poco había llegado a primer cortador. La relativa holganza que le proporcionaba su salario lo volvió algo romántico. Despertóle también la ambición de saber. Juan Santander había descubierto "el color de rosa". En el fondo, era un imaginativo, frustrado por una realidad demasiado real. Al cabo de un año, podía ya soñar y trabajar simultáneamente.

Camino a la sastrería, después de una prueba en algún hogar burgués, llevaba en el alma un indecible desasosiego. Era una ansia sorda de ser como los ricos y un vago deseo de morir. Pero no podía lamentar su suerte. Dios, contradictoriamente, había dado un tercer ojo espiritual, con el que descubría esos pequeños negocios que se ocultan hasta de aquéllos que poseen un amplio sentido de la realidad. Los minuciosos, ladinos, domésticos, entretenidos negocios de Juan Santander.

A los veintiún años quedó huérfano.

Cuesta arriba

En cuatro años de incesante trabajo juntó el dinero suficiente para mejorar de vida y de relaciones. Abandonó al sastre, dejó el conventillo nauseabundo, los almuerzos viscosos de la cocinería y toda esa sociedad de ganapanes que, menos avispados que él, tenían para muchos años de esclavitud.

Cuando pensaba en la existencia miserable de sus iguales, estremeciase de egoísmo Juan Santander.

Instalado en una pensión de familia se hizo de numerosas amista-

des. Con increíble rapidez llegaba hasta el corazón, socavaba las más oscuras intenciones de esa clase media que sabe remedar como los monos, como caricaturizan los monos, en carne propia, pero que lo arrullaba con su dulzura chillona y con su modo de hablar, que es la cruda y sabrosa lengua del bajo pueblo, puesta a cocer con miel de abeja en un baño de María. Desde que Santander comenzó a imitar con todas sus fuerzas lo que en ellos constituye una debilidad, su potente visión del mundo, que enraizaba en una ambición virgen, legítima, sufrió las más grotescas deformaciones. Volvióse el eterno servicial. Ya cortaba gustoso un traje sastre para una vecina llegada de provincia, como corría a cumplir un encargo a los quintos infiernos.

Los días de retreta en la plaza del barrio llamaban la atención su vistoso juego de corbata y pañuelo, sus polainas pato, su estudiado cimbreo de caderas. Nunca olvidó echarse al bolsillo unas cuantas hojas de toronjil para el aroma. (Santander no había descubierto aún los paraísos del Patchouli). Se puso dulcero y cortejó a la sirvienta de mano.

Con los ahorros arrendó una casa para refaccionarla a su gusto y sacarle ese mayor rendimiento que le pagara la pensión. Poco tiempo permaneció sin puesto fijo. Hubo una buena vacante en una tienda del centro y se presentó. ¡De qué argucias no se valió para ganarse la voluntad de los jefes! La mano de Santander llegó hasta el arreglo de las vidrieras...

En las horas libres frecuentaba una policlínica, donde aprendió a poner inyecciones y a curar heridas. Su natural suavidad le atrajo muchos enfermos. El múltiple Santander mecía sus sueños de soltero en un dormitorio que apestaba a seroformo y a clavo de olor. Convencido de su magisterio clínico y culinario, daba, sin escrúpulos, remedios para toda clase de males. Su felicidad llegó hasta la soberbia cuando recibió esa nota de la Caja de Ahorros, avisándole que su cuenta excedida debía pasar a un Banco.

Santander era un hombre de primer orden en las cosas de segundo. Hombre sin recuerdos, dueño del presente, por pensar en el futuro.

Cuesta abajo

Santander ha cumplido treinta años. Administra sus bienes y cobra por administrar los ajenos. Cada noche se acuesta con la esperanza de ser terrateniente en un campo vecino a la ciudad. La ca-

pital lo ahoga como a cualquier rico. Habita el primer piso de su propiedad y alquila el segundo. Tiene un patio de corredores frescos, lleno de suspiros y de madre selvas. En la puerta del comedor, con cuatro trinchas, ha colgado una jaula de varillas, donde canta el zorzal amaestrado. El reloj Cuco lo hace vivir en éxtasis. La salita, inverosímil mezcla de estilos, bric a brac inaudito, es el museo que exhibe las gracias de su dueño. En un "bello desorden" muestra canastillos de mimbre, entrelazados de cintas; cacharros de greda, platos de sopa, raramente pintados; marcos de terciopelo, pantallas de cretona, bandejas desbordantes de confites y virtuillas. Sobre una "mesa de centro", con las patas de cristal, un Arturo Prat de yeso dorado. Pero lo que colma de dicha a Juan Santander, es la victrola portátil y un piano con luminarias. Pegado a sus teclas, con todo el pedal, trucida las piezas en boga y hace gargarismos con el bel canto.

Y también es brujo Juan Santander.

De dos a seis de la tarde entrevé el porvenir. Frente a una bola de cristal que, pasada la sesión, le sirve de redoma, argumenta posibilidades, calcula los pasados, predice acontecimientos, deduce una difusa verdad actual de las palabras sin control que, al llegar, se le escapan a los clientes.

Santander especula con la estupidez de algunas señoras aparentemente cultas que necesitan tener preocupaciones. Toma actitudes de sibila, y, en ocasiones, farfulla: "Señor, es usted un caso difícilísimo. Vuelva mañana. La cuestión dinero es lo de menos. Si leo en su vida no podré trabajar con nadie más en el día. Tal es el desgaste mental que va a producirme este interesante análisis".

Santander también sabe de política. Y es lógico: un brujo chileno, con atavismo de hechicero araucano, no es la antítesis de un político chileno. Pero lo que saca a flote su sonrisa de indio blanqueado es el recuerdo de esas señoronas insolentes que acuden a su consulta. Son todas medio exorcisadas, medio místicas, medio beatas, y tienen visiones y empecinamientos de noble dama rusa en los últimos días de la Zarina Alejandra Feodorowna.

Si va cuesta abajo en esta floreciente etapa de su vida, es porque sus pasiones han despertado como llamaradas que todo lo arrasan. El dinero y la independencia fomentan sus malas inclinaciones. Se ha aficionado a la bebida y busca los placeres con fantasía. Así como su salón realiza el sueño de una cacatúa, su sensualidad es un farol chino.

El escapulario

¿Por qué iba a tener juicio a los treinta años? ¿No es más lógico que Santander posea una agradable experiencia sin juicio?

Solo con su aspiración desmedida, inculco en sus extravagancias, brutalmente imaginativo, pretende apagar una sed de aguardiente con licores perfumados. Santander alzó en sí mismo al pueblo niño, pero en la periferia. Muere de un mal ingénito, envuelto en una corteza de hábitos ajenos, opuestos.

La fe de la infancia, replegada durante años en un desván de su espíritu, surge al final de sus días como un oasis para su corazón reseco. Pero esa fe es un espejismo, como lo fueron sus amores. Ya no tiene voluntad.

Prolija, imperceptiblemente, ha transmutado sus cinco sentidos en cinco instrumentos de lujuria. Se cubre de medallas y no resiste al primer deseo; enciende velas a los Santos y no deja de murmurar; oye misas y se hunde en la gula. Le falla la memoria, está majadero y más cazarro que nunca.

Cuando sale a "pecar" se cuelga al pecho el escapulario del Carmen que, según una promesa de la Virgen, no lo dejará morir sin arrepentimiento. Ella misma irá a sacarlo del Purgatorio el sábado siguiente a su muerte. Y, cuando, en medio de una fiesta, se da cuenta de que lo ha olvidado, corre a ponérselo, loco de pavor; pero vuelve pronto y sigue bailando en la boca del Infierno, aferrado a la llave del Paraíso.

Un belfo la boca, entelada la vista por el alcohol, con los nervios a flor de piel, así lo agarró la muerte en una remolienda. Al amanecer, la mano izquierda de Juan Santander, crispada, pétrea, gritaba por toda una humanidad: ¡El escapulario! ¡El escapulario!

TRAGEDIA DE ENANOS GIGANTES

(Dos retablos de brujería)

Confidencia

Lector, al ofrecerte esta arcaica tragedia embebida de sueño, siento el vértigo del misterio. En mi mesa de noche la hallé una mañana, pero no sé si la escribí durmiendo o alucinado en el desvelo. Remuevo en vano mis sospechas, más no acierto a precisar un hecho. Sin embargo, una vaga luz que fluye no sé de dónde, pretende darle cuerpo a mi entresueño. Es un recuerdo del recuerdo de haber trepado por unas barbas de chivo hasta el hombro izquierdo de Valle Inclán, para susurrarle al oído, como un pájaro de mal agüero, este drama de brujos que anidaba ya en su propia subconsciencia. Recuerda también este recuerdo que el poeta de Galicia hizo el elogio de la plasticidad de mi espíritu, y que, alzando el negro vacío de una manga, bendijo mi don de adivino.

Lector, si eres de los que despiertan a medianoche con el vocerío de un aquelarre infernal; si has bebido licor de mandragora; si te has fumado a un amor imposible; si crees en el mal de ojo; si se han cumplido en tu posada los presagios de las lechuzas; si huyes de tu propia sombra; si piensas que has vivido tus pesadillas en una comarca lunar; si palpas a los fantasmas; si llamas a los espectros; si te penan las ánimas; si sabes de sortilegios; si sirven tus zahumerios; si te escupe el miedo en las bóvedas oscuras y crees que la originalidad de los demás puede ser también un modo de la nuestra, a ti solo dedico este drama que evité escribir al gran difunto don Ramón María del Valle Inclán.

Dramatis Personae

LA BRUDA
LENURA
EL AMA
LA DUEÑA

GALUR
DURANDÁS
EL CIEGO DE MALAR
MOZAS Y RAPACES

Jornada Primera

Es otoño. Un castañar dorado circunda los leprosos murallones del parador. Los gañanes amontonan pámpanos caídos en agraz a la vera del camino. Del hondo zaguán fluye el vino pícaro de una trova antigua. Dentro, la campana del hogar cobija a dos bancos de fresno. Sobre la mesa, una talavera ofrece el claro milagro de su agua a la sed de los viandantes. Los rescoldos entibian el habla de La Bruda que relata a las mocinas una historia de aparecidos. El Ama reza el rosario. Afuera, los mozos requiebran a La Dueña junto a un carro desbordante de mazorcas. Los rapaces arrojan pedruzcos al chalán que merca en el quicio. El Ciego de Malar toca en su zanfonia un aire del vendimión.

LA BRUDA:

No hagan ruido. Dejen rezar.

EL AMA:

Te oiga Nuestra Señora, Bruda. Medio siglo llevas a mi amparo y no tomas un rosario ni ayunas por la Pasión.

LA BRUDA:

Las mozas me piden cuentos. Les he dicho que oren, mas prefieren las historietas.

EL AMA:

En condena van a tenerte con ellas.

LA BRUDA:

Ama, el Cabrón me troca a su antojo las plegarias. En vano miro al Crucificado, pues no me salen más que percances de duendes.

EL AMA:

Desencanta a esas niñas. Están aterradas.

LA BRUDA:

A fe, sólo oyen fantasías de Magalona.

EL AMA:

Idos, haraganas. Se habrán tornado ya vuestros padres del troje.

MOZA I:

Acaba hoy tu cuento, Bruda.

MOZA II:

No dormiremos sin saber el fin.

MOZA III:

Está obscuro.

Por las rendijas del ventanal se cuele un aroma de mosto que perfuma el susurro de las mocinas. Los gañanes se alejan cantando. Habla la vieja mandona, en tanto despabila una candela.

EL AMA:

Idos, haraganas.

LA BRUDA:

Calma, señora. Les doy recetas para un mal de piedra; les doy yerbas.

Una racha de viento apaga el velón. Suspirando, El Ama lo enciende y raspa el cerote de la mesa. A una señal de La Bruda, las mozas se inclinan llenas de misterio.

LA BRUDA:

A medianoche, en el encinar.

LAS MOZAS:

Buena noche les dé Dios.

MOZA I:

Pida paciencia al Cristo, Ama.

MOZA II:

¿Nos dará pan, como ayer?

EL AMA:

Idos, raposas. Prefiero hartar de boronas a los peros, hambreadas.

El susto echa a volar a las mozas como la brisa a los vilanos.

En el umbral rondan al Ciego de Malar. La luz palpita en el alma del mendigo como una estrella en el fondo de un pozo.

LA BRUDA:

No hay brasas. La Dueña está requiebrada y nos hará ayunar como en Cuaresma.

EL AMA:

Mentira tuya: la mandé a colgar espantajos en el parrón.

LA BRUDA:

Sé yo mejor cómo librar de los pájaros al buen racimo... Ama, ahuyenta a los gañanes...

EL AMA:

Embrujada. Cativa te tiene la mentira.

LA BRUDA:

El Demonio, el Demonio. Ungüentos del Cojo te doy.

EL AMA:

Hechicera, si el Señor me condena, tú serás culpada.

LA BRUDA:

Entre hierros de angustia me tiene ya: con mis yerbas murió en la majada Juan, el caporal.

EL AMA:

¡Envenenadora!

LA BRUDA:

¿Vives tú?

EL AMA:

Llega la Dueña.

LA BRUDA:

Trae el pecado florecido en la cara.

EL AMA:

Viene roja de trabajar.

LA BRUDA:

De...

LA DUEÑA:

Armados están la liebre y el caldo.

EL AMA:

Aviva el fuego.

LA BRUDA:

Si se acerca el fogaril la llama lamerá la campana.

EL AMA:

¿Cumpliste el encargo?

LA DUEÑA:

Asina desgrané las mazorcas.

EL AMA:

¿Fué Durandás al poblado?

LA DUEÑA:

No, mi Ama, cortejaba a unas pastoras en San Gundián.

LA BRUDA:

Tienes la lengua emponzoñada.

EL AMA:

Idos, Angelina.

LA BRUDA:

Hoy habrá cena.

EL AMA:

Y callarás, mala entraña.

El Ama se levanta rengueando. La estera apaga el chillido clueco de sus madreñas. Junto al fogaril, el gato encenizado arquea el lomo, perezoso y eléctrico. Durandás aparece en el espacio estrellado de la puerta. Lo sigue un hombre tostado y vigoroso. Adormilada, La Bruda no los siente.

DURANDÁS:

Duerme la vieja.

GALUR:

Soñará con trasgos.

DURANDÁS:

Dice ella que aprende medicina en los sueños.

GALUR:

La creí loca el primer día.

DURANDÁS:

Es mala como la sarna, pero me mimma como a un hijo.

GALUR:

¿La protege tu madre o paga su albergue?

DURANDÁS:

Llegó una noche en tiempo del abuelo Justo y se quedó para siempre. Las mozas dicen que es bruja.

GALUR:

¿Quién es?

DURANDÁS:

Ni Dios lo sabe.

GALUR:

Subo a descansar. Mañana saldré de alba. He arreglado la venta de mis tierras y debo regresar. Ya éramos buenos amigos, Durandás.

DURANDÁS:

En un mes te he querido como a hermano.

GALUR:

Volveré un día.

DURANDÁS:

La Morena te oiga. Habrá entonces mozas mejores.

GALUR:

Subo a descansar.

DURANDÁS:

¿Cenaste ya?

GALUR:

Castañas y pato con manzanas.

Pausado, sigiloso, Durandás saca un flautín que lleva escondido entre el pantalón y la andorga. Lo acerca al oído de La Bruda y sopla. La vieja despierta despavorida. Durandás ríe como idiota.

LA BRUDA:

¡Alacrán! ¡Alacrán!

DURANDÁS:

Buenas noches, abuela.

LA BRUDA:

Te muerda el can de la rabia, alacrán.

DURANDÁS:

¿Qué te ha dicho el Diablo, qué te ha soplado en el sueño?

LA BRUDA:

Veneno va a destilarte en la flauta, maldito.

DURANDÁS:

Deja el reñir, y escucha...

LA BRUDA:

Falsía ha de ser. No prestó oídos a proseros.

DURANDÁS:

Mala ventura trae mentirte, vieja lora.

LA BRUDA:

Habla, escorpión.

DURANDÁS:

Acompañé a Galur hasta aquí. Lo hallé en el camino de Malar.

LA BRUDA:

¿Se lo tragó la tierra?

DURANDÁS:

Descansa en el granero. Se le ha vuelto dolorosa la calentura.

LA BRUDA:

¿Traes esa nueva?

DURANDÁS:

Oí en el caserío que se marcha porque Lenura lo asedia desde que sale el lucero hasta que se acuesta.

LA BRUDA:

¡Pécora!

DURANDÁS:

Vendióle Galur un campo baldío, por eso trató con ella en la posada de Gomián Gol. Cuando Lenura anda en celo, hasta de mercar con ganancia se olvida. Es una lagarta.

LA BRUDA:

Pero hay que romperle la red.

DURANDÁS:

¿Sabías mi nueva?

LA BRUDA:

Algo maliciaba.

DURANDÁS:

Galur la odia.

LA BRUDA:

¿Ha sabido quién es?

DURANDÁS:

¿Lo sabes tú?

LA BRUDA:

Barrunto...

DURANDÁS:

¿Quién fué su padre?...

LA BRUDA:

Todos los que durmieron con su madre en la alquería.

DURANDÁS:

Es bella como luna de octubre.

LA BRUDA:

Y fiera...

DURANDÁS:

Galur ignora sus andanzas criminales.

LA BRUDA:

Bobo, siempre hay quien sope lo malo.

DURANDÁS:

Sabes más infamias que la madre Celestina, más secretos podridos que los confesores de la grandeza y más cosas verdes que los perros de la guardia civil.

LA BRUDA:

El Rojo se acostó con una leona desde mancebo, pero cuando troja la fiera domada para divertir a Malar y se acostó con Lenura, amaneció difunto. Hasta yo lo sé...

DURANDÁS:

Tal vez, Bruda; pero llama desde lejos, silba, canta...

LA BRUDA:

Como las serpientes, como las sirenas...

DURANDÁS:

Galur se marcha para no verla más.

LA BRUDA:

La verá.

DURANDÁS:

¿Cómo lo sabes?

LA BRUDA:

Hoy la verá.

DURANDÁS:

¿Dónde?

LA BRUDA:

En el encinar, cerca del molino...

DURANDÁS:

Mientes.

LA BRUDA:

¡Mal parido!

DURANDÁS:

Estabas más al cabo que yo.

LA BRUDA:

No hay nada nuevo para mí, corvejón.

DURANDÁS:

Presa te tiene Patas Verdes, Bruda.

LA BRUDA:

Es preciso que vayas. Las mozas y los rapaces también irán. Los he de congrega en torno mío, pues nuevas yerbas adquirirán virtud si enlazan sus manos en mi falda, mientras los ojos de la poseza se clavan en el cuarto menguante.

DURANDÁS:

¡Hechicera endiablada!

El lar está frío. En los ojos de La Bruda titila una felicidad bárbara. Con los brazos cruzados sobre el pecho flácido, entrevé lúcentes signos de cábala, sueña con elfos y salamandras. La voz del Ama llega desfigurada desde el fondo de la casa. Melodiosa, lejana, la presa del molino salmodia una agorería.

Jornada Segunda

Las doce. La sombra tibia acaricia los rostros como las alas de un murciélago más grande que la noche. Transidos de un mágico pavor, los rapaces y las mozas rodean a La Bruda. Los broncos carpinteros labran olorosos féretros para las estrellas filantes en el corazón de

las altas ramas. En medio de un campo de labranza, las negras aspas del molino giran y giran.

LA BRUDA:

Gimes como si parieras, Durandás.

DURANDÁS:

Me clavé una espina en el calcaño.

LA BRUDA:

¿Sangras?

DURANDÁS:

Tengo el alma traspasada.

LA BRUDA:

¿Sangras?

DURANDÁS:

¡La encontré! ¡Sangro ahora!

LA BRUDA:

Alba, Cintia, Luz, vayan por agua.

DURANDÁS:

Ya estancará. Las hojas suenan como fuego de palos verdes.

MOZA I:

Corre frío. ¿Aguardaremos hasta el albear?

LA BRUDA:

Reza si te aburres, Salva. Ya cantan gallos.

DURANDÁS:

Algún día he de aventajar tu poderío, Bruda.

LA BRUDA:

Jamás. ¡Desde hoy todos vendrán a mí porque los desengañe!

RAPAZ I:

¿Sanaré con tus yerbas, veterana?

LA BRUDA:

Sanarás tú y Durandás.

DURANDÁS:

¿Por qué me afliges?

LA BRUDA:

¿Tienes la herida restañada?

DURANDÁS:

¡Te has vuelto loca!

LA BRUDA:

Y había agua junto al soto...

La Bruda se impacienta. En el fondo de su capuz escarlata, un manojo de anagálida espera la magia de sus palabras. Los perros

aplican una oreja a la tierra como presintiendo una catástrofe. Bañado de luna, Galur aguarda.

LA BRUDA:

Tiemble el bravo.

DURANDÁS:

Tarda la víbora.

RAPAZ II:

Temo por Galur.

RAPAZ III:

No hagas conjeturas vanas, Silverio. Si Lenura avasalla, él es temerario.

RAPAZ IV:

¿Has echado al olvido a la asesina?

RAPAZ III:

Los años pasan. El fuego no arde eternamente.

MOZA III:

Brasas del infierno tiene en las venas.

MOZA IV:

Si la tierra se mancha de sangre todo será esquilmó. Moriremos de hambre y sed.

RAPAZ I:

¿Para qué servirán entonces las yerbas de la maldita?

LA BRUDA:

¿Para curar maldecidos! Temblais, mozas, como los que vieron al Resucitado.

DURANDÁS:

Lenura hundió una espada hasta el gavilán en la garganta de Simón Lampiño. Por haberla ocultado, ascendieron al juez de San Gundián que andaba con ella en mancebía. No hay justicia en este mundo, Bruda. Pero los de Malar tejaremos este año un dogal para ahorcarla en la puerta de la Visitación.

LA BRUDA:

¡Humos de paganía, hijo!

Por la senda iluminada viene Lenura con un empaque dominador. Sobre su pecho sube y baja una flor obscura, como una araña. Trae la cabellera suelta y en su mirada gris hay un precipicio de lujuria. La escoltan dos negros lobicanes que sólo se contienen bajo su hipnótico imperio. Divisándola, Galur avanza. Las mozas y los rapaces juntan las manos en la falda de la Bruda, mientras ésta eleva

sus ojos proféticos hacia el cuarto menguante. Como una fruta madura, una cigüeña muerta cae en medio del corro inmóvil.

GALUR:

Por fin...

LENURA:

Eres paciente como un eunuco.

GALUR:

Como un santo.

LENURA:

Como un santo con la carne de madera a fuer de disciplinas.

GALUR:

Vine para que no pensaras...

LENURA:

Que no eras hombre.

GALUR:

Tú lo has dicho.

LENURA:

¡Aquí, Guribe! ¡Quieto, Lusitán!

GALUR:

¿Acudes siempre a las citas con los mastines?

LENURA:

Siempre.

GALUR:

Las citas acaban por matar el amor.

LENURA:

Yo no acostumbro a dar más de dos. Un amor engendra otro en la hora de su agonía, por eso debe morir joven...

GALUR:

Mañana parto.

LENURA:

Mañana me dejas.

GALUR:

No te prometí otra cosa.

LENURA:

¡Galur!

GALUR:

Déjame en paz.

LENURA:

Dame la paz.

GALUR:

A costa de la mía, nunca.

LENURA:

¡Aquí, Guribel! ¡Quieto, Lusitán!

GALUR:

Desátalos: no les temo.

LENURA:

Te pierdes.

GALUR:

Es hora de volver.

LENURA:

¿No has amado nunca?

GALUR:

Nunca en la vida.

LENURA:

Mientes.

GALUR:

Mintiendo, te consuelo.

LENURA:

¿Quién te arranca de mis brazos? ¿Qué ramera inmunda me roba tu cuerpo, tu boca martirizada?

GALUR:

No conozco mujer.

LENURA:

Corazón de piedra.

GALUR:

Blando como las tobas que deja el río.

LENURA:

Como los guijarros de Malar.

GALUR:

Volvamos.

LENURA:

¿Amas a alguien?

GALUR:

A la luna, Lenura.

LENURA:

¡Detente, Guribel! ¡Habla, sin alma!

GALUR:

¡Los ojos! ¡Los ojos!

LENURA:

A la luna, a la luna...

GALUR:

¡Los ojos! ¡Los ojos!

LENURA:

¡Muerde, Guribel! ¡Al cuello, Lusitán!

Ahogáronse en el furioso ladrar de los perros los temidos agónicos de Galur. Un siniestro e ineludible poder detuvo a Durandás en el claro del bosque. La voz del conjuro naufragó en un murmurio de espanto. Un viento helado enloqueció las hojas y los rojos cabellos en fuga de Lenura. En medio del campo de labranza, las negras aspas del molino giraban, giraban, giraban.

FINIS

TRILOGIA DE NAVIDAD

ADIOS Y REGRESO DE LOS REYES MAGOS

El resuello de los animales había entibiado el pesebre donde nació el Señor Jesús, por eso la mirra y el incienso de los Reyes exhalaron un perfume casi imperceptible. Hasta el oro, con una cálida dulzura de miel, ablandó su fulgor ante el oro milagroso de la trella.

El cuerpo del Niño brillaba como un racimo de leche sobre aquel nido de heno fresco y rubio. Tan hondo y suave era el arrobamiento de la adoración que el manto azul de María y la parda túnica de José conservaron los mismos pliegues desde el nacimiento hasta que dejaron el Portal de Belén.

Como los corderos nubosos, el asno, los camellos y el buey de ojos amigos iban habituándose a las cosas sorprendentes que sucedían, guardaban una compostura modesta y como maravillada. Hubieran querido dejar de respirar cuando escuchaban las canciones para mecer al Niño que fluían del aire gris.

Todo lo manso de la tierra albeaba en la calma de los contornos. El canto inesperado de los pájaros era un hervor del iris o un oleaje de rocío al amanecer. Sólo el cuervo, a pesar de sentir la presencia del Mesías en su diminuta porción de bondad, presagiaba algo doloroso con la negra reserva de sus vuelos circulares.

Los Reyes salieron del pesebre como de un sueño todavía más profundo que aquél que les advirtió que se cuidasen de volver hacia Herodes. Habían vivido la delicia de una primavera tan secreta durante su recogimiento que la cruda luz del invierno hirióles el corazón. El hambre y la sed, insinuando tal vez que ni el encanto de la infancia del hijo de un Dios es duradero sobre la tierra, les duplicó la angustia de la separación. Apenas si había dátiles y agua

fresca en sus botijos y bordones. Con el ansia de llegar, sólo atinaron a llenar de presentes las alforjas de los camellos.

La estrella dióles una mirada en que se leía la pena de ver dispersarse por tan distintos caminos a aquellos tres seres que no debieron hallarse nunca y que se amaban ya para siempre. La humana aflicción de dejarse, casi los hacía cumplir con la gracia de haber participado en el más sencillo de los prodigios.

De pronto sintieron los tres un intenso calor en la frente, y cuando levantaron la cabeza, la estrella volaba hacia lo alto como un pájaro de fuego.

Las luces de la tarde espejeaban en los bordados de sus largas vestes. El viento hinchaba sus capas y entreabría sus barbas. Venidos desde el fondo mismo del verano, parecían tres fantasmas de sol bajo aquel cielo inundado de amenazantes nubarrones.

En el silencio, oyéronse unos mujidos y la voz de José que intentaba poner orden en el pesebre. Los animales habían salido de su inmovilidad en cuanto vieron alejarse a los Reyes, cuya suntuosa devoción los cohibía.

Ni Melchor, ni Gaspar, ni Baltasar podían desprenderse de la imagen de una bandada de aves migradoras que vieron huir de la copa de un sicomoro, estremecido por una tempestad de arena. Si no caían a mitad de camino, juntas irían a cantar donde estuviese cantando la primavera. La estrella que los unió, ¿no podría encenderse otra vez? ¿Se habían agotado acaso las fuentes del Cielo con la venida de Jesús? Pero estaba escrito que ya sólo la tierra les haría su triste milagro del recuerdo.

El ruido de la caravana que se alistaba los hizo volver a la realidad. Los hombres del séquito manifestaban su impaciencia en el menor movimiento. Debían aprovisionarse antes de medianoche y la agitada Judea no les ofrecía ninguna seguridad. Los camellos alzaron a los Reyes, haciéndoles recibir en pleno rostro esa rosada claridad que se había despegado ya de la tierra. Las plumas negras de los camelleros de Gaspar y los estandartes de la comitiva de Melchor tremolaban al viento del crepúsculo. La lentitud con que fueron desapareciendo llevaba el compás a su pesadumbre.

Mudos hicieron casi todo el trayecto. Habían evitado Jerusalén, alcanzando por otros caminos la frontera de Judá, donde debían separarse. Gaspar, en cuyo rostro de ébano ardían unos ojos como grillos, rompió el silencio antes de llegar.

—Verían en mi país cosas singulares, si accediesen a ser, por un tiempo, mis huéspedes de honor—dijo.

—Mis valles también se regocijarían de vernos juntos; pero vuestros pueblos aguardan—contestó Melchor.

—No hay felicidad completa bajo el sol. Realizada la esperanza de ver al Emmanuel, creí que las ilusiones dejarían de atormentarme. Yo no he tenido amigos, Melchor. Ahora...

—Ahora sabrás que la amistad y el amor verdaderos nacen en las puertas del desierto...

—Por eso quisiera vivir en la alegría nuestra fraternidad—exclamó Melchor, exaltado de ternura.

—Ni Jehová mismo vió realizado su deseo del bien absoluto en el mundo. Tal es la pobre condición humana.

—Dices verdad, pero la nostalgia distrae y envenena los días del hombre. Tan fuertes serán mis ruegos que la estrella se encenderá de nuevo.

—Hemos vivido demasiado lejos de los hombres para pedirles ahora su don más precioso. Si tres monarcas que se aman no caben en un trono, menos cabe la humanidad.

—Nos amaremos para siempre en el amor del que hemos adorado.

—Nos amaremos en su nombre los que lo vimos, pidiendo que nuestro amor alcance a los que no lo vieron.

Cuando llegaron a la cima del monte desde donde partían tres caminos diferentes, hicieron una breve plegaria y se alejaron sin atreverse a hablar.

Gaspar tomó la ruta del sur, hacia la Etiopía de Oro; Melchor, la del norte, con el fin de unirse a su pueblo en las riberas del Euxinus; Baltasar permaneció un instante contemplando desde lo alto las viñas desnudas y el verdor ceniciento de los olivos que esparcían un óleo de paz en el valle samaritano. Dos lágrimas generosas y amargas rodaron por sus mejillas. Fué lo único que dijo Baltasar.

Después volvió los pasos de su caravana hacia el Oriente, hacia el país de Nisibis, donde las montañas vigilan los pasos del Tigris.

HERODES Y SANTA CLAUS

Caminad, Santos Reyes,
 Por caminos desviados,
 Que por los caminos reales,
 Herodes mandó soldados.

Valle-Inclán.

Las mujeres esperaban su turno cantando junto al pozo de Jacob. En los ojos de muchas se leía el afán de todos los días, pero la mayoría revalaba en su acento un temblor interno e incomprensible.

—Sigue, abuelito, sé bueno. ¿Estás cansado ya?

Los pastores bajaban de las lomas guiando sus rebaños. Sudorosos, sedientos, deteníanse a beber en el arroyo de la linde del huerto. Las raíces se movían como gusanitos rojos bajo la clara corriente. Al anochecer, llegaron los rezagados. Traían la piel erizada de espinas, habían perdido los callados y medio rebaño en los apriscos. No obstante, la misma paloma misteriosa que los distrajo todo el día en la colina, les había infundido una dulce confianza con sus ojos de niño.

El aire trae de la lejanía un vago rumor. ¿Han florecido las rosas de Jericó? ¿Foguea ya el trigo? ¿Curan los blandos follajes las heridas escarchadas de los viejos árboles? El invierno desnuda los campos y el agua del deshielo no suaviza en las montañas las ásperas gargantas.

Tres Reyes caminan, caminan. Sus barbas ondulan a merced de la brisa. Inspirada, solícita, una estrella los mira y los guía.

—¿A qué distancia quedamos de Belén?—pregunta Gaspar.

Melchor responde:

—Nada sé.

Y Baltasar:

—La estrella dirá.

Pasan frente a un molino. El agua hervorosa piruetea en la piedra y la harina fluye dentro como otra linfa hecha polen dorado.

La molinera no advierte la presencia de los Reyes, pues está en suspenso desde el amanecer. La molinera vió una estrella reflejada en una flor.

Las nubes algodónosas van apretándose como humaredas pardas y grávidas. El cielo tibio descende más y más.

Habla Gaspar:

—Como palomas tras un velo, como el pecho de la Sulamita, así palpitará de amor mi corazón ante el Mesías.

—Al monte de la mirra y a la colina del olíbano, como el Rey Salomón, iría a perfumar mi espíritu para ofrecérselo—dijo Melchor.

—Ternura tengo yo para ese Niño—añadió Baltasar.—Porque la ternura es un hálito interior que refrena la sentimentalidad, temple la pasión, sana la ceguera del amor, sale al exterior y ampara con una tibieza finísima. ¡Ternura llevo al Niño!

—¡Divina ternura!—exclamaron a coro.

Las mulas pacientes giran en torno a las norias...

—¿Dime, abuelito, y hallaron a Jesús en Belén?

—¡Tan vivo como tú!

—Sigue leyendo.

—El abuelo se está quedando ciego y no entiende ya sus propios garabatos. Pero, si mañana te portas bien y me sostienes la lente grande, oirás la historia de Herodes, el malvado que dejó a Jesús sin un niño con quien jugar. Hojea esas revistas, mientras voy a ver a tu madre. Vuelvo en seguida.

—¿Por qué no me llevas, abuelo? ¡Por qué no me dejan subir!

—Pero, criatura de Dios, ¿no te he dicho ya que Cuando Santa Claus anuncia a un hermanito nuevo, hay que esperar hasta que él nos llame a verlo?

—Es que ayer tampoco pude entrar a la pieza de mamá. Bueno, anda tú y le pides permiso a ella misma.

—Sería muy feo desobedecer al Viejo de la Pascua.

El niño, el amo, accedió de malas ganas.

Cuando el abuelo hubo desaparecido, la sala comenzó a crecer y abrirle sus mágicos rincones, como la cueva de Alí-Babá. Después de registrarlo todo, se asomó a la ventana. La estrella que condujo a los Reyes había estallado en una lluvia de diamantes en el cielo

de diciembre. Con un alegre bullicio de pitos y cohetes, sacándoles las pasas con los dedos a los panes de Pascua, corrían los niños a cantar los villancicos de Navidad a la parroquia. Un airecillo tibio y olor a albahacas volaba también a jugar con las banderolas y las guirnaldas multicolores de las ventas.

Santa Claus debía haber salido ya de su prodigiosa gruta de azúcar, tintineando de juguetes.

—Hijo...

La trémula voz del padre lo volvió con pena a la realidad. En la penumbra de la sala era éste una sombra más.

Palmoteando de alegría, el niño exclamó:

—¡Llévame a conocerlo!

Deshecho, con la angustia del que vió vaciarse en el abismo una sangre que le devolvía la inocencia, desplomándose en un sillón, sólo atinó a decirle:

—Santa Claus no nos trajo nada.

El niño contestó sin vacilar:

—Debe haber olvidado la dirección. Voy a decirle al abuelo que lo siga, para que le pida mis juguetes.

Y salió muy decidido. Pero el miedo lo hizo refrenar la carrera en el pasadizo. Bajaba en ese momento una sombra blanca, llevando en brazos un pequeño bulto envuelto en una toalla. Aterrado, corrió a refugiarse donde su padre.

Juraba, cuando lo acostaron, que había visto la sombra de Herodes escabulléndose por la escala.

RETABLO PRIMITIVO DE MARIA Y JOSE

María era apenas una niña, pero tenía la casa limpia y el corazón suave como el fondo de las margaritas.

Aunque no hubiera sabido rezar desde muy chica, orando hubiese vivido con sólo ser sencilla.

Bastábanle un manto delgado, una túnica de lino y una rueca liviana; pero parecía la más rica ama.

El hilo se le ponía más fino y su telar se llenaba de luz; por eso lo que ella tejía, de blanco, era azul.

Si Herodes hubiera probado su comida, se le habrían vuelto más puras las venas y el alma menos fría.

Cuando iba por agua al pozo, con una paloma en el hombro, el cielo se abría como un ojo claro y las ventanas le formaban ronda.

¡Había que verla dormida! No hollaba la almohada su cabeza pequeña y el rostro toda la noche le amanecía.

El carpintero que velaba su sueño, suspendido a tres palmos sobre tierra, la llamaba en silencio pocillo de miel, leche de oveja, veta olorosa o rosa de su madera.

Aunque no era amiga de hacerse muy íntima, conversaba de todo con las vecinas. Por eso, cuando su casa de barro tornóse transparente y apareció el Angel con la buena nueva, palpitando como la mecha de una lámpara de arcilla, mirándolo, nadie lo veía...

TRASCENDENCIA DE ALGUNOS BICHOS Y ELOGIO DE LA PULGA

Las chinches solapadas caminan con un silencio inusitado y fétido. Cuando se ven sorprendidas por el gigante, miran con odio de chingue y huyen a toda velocidad. Las chinches hipócritas inoculan sueños rojos, afiebrados, infames. Las chinches son las beatas de los colchones.

Los zancudos pican y desesperan después de haberse ido. Son dañinos como esas infamias empaquetadas en bondad que comienzan a herirnos cuando nuestro interlocutor ya está lejos.

El piojo es un bicho arrivista, bélico y marxista. Tiene el pequeño defecto de conspirar demasiado visiblemente.

Las cucarachas son unas señoras gordas, plácidas e inofensivas, que siempre nos sorprenden a medianoche robando algo en la despensa. Viven a costa de la glotonería burguesa y se mofan de la avaricia de las dueñas de casa.

Las abejas son unas filósofas trabajadoras y zumbonas que llevan, con los moscardones, el contrabajo en la sinfonía del verano. Cuando, por equivocación, nos pican, prefieren dejarnos su lanceta y morir, pues saben que de la savia humana no se hace miel.

Los tábanos acometen con un furor y una violencia tan insospechados, que hay que tratarlos como a los calabreses del aire.

Las moscas son sucias y majaderas, pero tienen la virtud de haber nacido para que el hombre se entretenga matándolas. Las mejores teorías son como las moscas. Los cambios de tiempo se advierten por su reaparición o desaparición.

Pero, entre toda esta amable sociedad que se divierte viendo rasarse al infeliz homo sapiens, la pulga sobresale por su gracia huidiza y femenina, por su livianura de sangre y su nombre pulga. Es

tan simpática y tiene un sentido de la ironía tan desarrollado que logra desmoronar la infatuada seriedad de los tontos graves, obligándolos a tomar las actitudes más risibles, es decir, los visajes del que se pilla una pulga pícara y saltona.

La pulga merece saber cantar como una soprano ligero o como esos grillos melodiosos que encierran los chinos en una jaulita de cristal.

SKETCH AMBULANTE

The more I know the men,
the best I love the dogs.

El reflector del edificio de la Sudamérica acaricia las estrellas. Suave, pausado, gira y se derrama como una vía láctea sobre la inocencia de los techos. En el plano, las cascadas luminosas de los letreros, los bulliciosos tacos de automóviles, las orquestas de los restaurantes y el escandaloso pregón de los diarios de la tarde queman las sombras de la noche que comienza.

Las arterias precipitan sus tumultos en el corazón de la ciudad o los hacen girar en torno a la ingenuidad de las plazas de barrio, como a los tío-vivos de una feria. Nadie "va" por las calles; todos cobran esa cara vacía y oficial del paseo.

Las muchachas que, durante el día, se aburren como ostras en el segundo patio de sus casas, salen desnudas para que los hombres las vistan con la mirada. Es la hora de los sentimientos artificiales y de las sollicitaciones furtivas; la hora en que la inconsciencia minuciosamente organizada presiente su paraíso de las fronteras del alba; la hora de la aventura a escondidas de la policía en un parque o un cerro como un enorme bouquet amordazado de bruma; la hora de los frescos besos crepusculares a la sombra húmeda de las pérgolas; la hora azul de la florista, del encuentro sorprendente y del carabinero que danza la danza de la desesperanza en su pequeño proscenio de las esquinas; la hora de los fruteros perseguidos y de las fuentes sonoras como pulseras de cristal; la hora triste de los vagabundos y de las muchachas como ramos de juncos, cuyos senos firmes tienen un blando calor de ámbar. Es la hora de los

buenos olores sin perfume, la hora sin minutos. Son las ocho de la noche.

En un mar de piernas, de brazos, de muslos, de caras, de ojos, de bocas, navega una silueta fina, como un débil paquebot a merced de las olas. Se sumerge, sale a flote, va y viene, infatigable, dichosa. Atraviesa las calles, desaparece en los portales y se guarece en los refugios. El húmedo y relajante olor de las frutas, las apetitosas bocanadas del Casino y el espeso hálito de las peluquerías la asaltan sin detenerla. De repente, como quien recibe una inspiración, se da cuenta de que la vienen siguiendo. Apura el paso y entra a una tienda. El calañé de su persecutor es un buquecito infantil en el maremagnum de cabezas. No puede él mirarle la cara, enterrada en un zorro azul, pero está seguro de sus piernas como botellas de champaña. Procura salir del torbellino y se aferra a la puerta de la tienda, como un naufrago. Está decidido a abordarla en cuanto salga. No tiene que esperar mucho.

—Señorita... ¡Ah! eras tú...

—¡Qué horror!

El diálogo amoroso nació muerto.

—¿A dónde vas tan apurada?

—A casa... ¿Y qué?

—Está bien.

—Entré a comprar lana para la camiseta del niño.

—Se hace tarde. Yo te acompañaré.

Esta pareja de casados que juegan al básquetbol con los platos, se conocieron una tarde en el camino del amor.

LA FLOR HINDU

La Flor Hindú es una cabeza de mujer fea, cuyo cuerpo cabe con toda comodidad en un florero de vidrio nacional. La Flor Hindú pertenece al mismo orden de la mujer araña, del hombre de goma, del conejo mágico, del gato Félix, del coipu célebre, de las gallinas con tres patas, de las cabras con cinco, de las cinco mellizas, de los hermanos siameses, de los mozos del restaurante automático y del chimpancé sabio que podría presidir un "diner-fleuri" en cualquiera boite.

La Flor Hindú es una viva expresión de lo que Edgar Poe llamaba la técnica de lo maravilloso. Más que sobrehumana, su naturaleza es inhumana. Después de prestarse para sufrir en carne propia, como un ratón blanco o una caja de doble fondo, los mil trucos de un prestidigitador más o menos ingenioso, perdió ante ella y el mundo todos los atributos del ser, pasando a formar parte del tumulto sorprendente que puebla la zona de los incubos y el macabro espacio de la Totemanz.

Por eso, si la Flor Hindú pidiera con muy buen modo un aumento del sueldo convenido antes de realizarse el total encantamiento, su empresario echaría a correr como si oyese hablar a un espíritu maligno.

Por razones de alta alquimia, la Flor Hindú está perdida desde el punto de vista comercial. Es un ejemplo patente de la creación que, como ocurre a menudo, se rebela contra su creador y lo asusta.

Esto es todo cuanto se refiere a la posición de la Flor Hindú. Para demostrar su humor, basta sólo un ejemplo.

Confiado en su absoluta impasibilidad, en su carencia de nervios motores, aproveché un instante en que no había mucho público, para clavarle la cara con un alfiler, guiado, no cabe duda,

por uno de esos deseos que contienen una infinidad de contradicciones. Con los ojos irritados por unas lágrimas negras de rimmel, intentando sacar sus brazos inexistentes, dió tales gritos y me dijo tantas obscenidades, que comenzó a aglomerarse gente y tuve que huir para bien de su notable misterio.

Excelsa y pedestre, la Flor Hindú es una digna hermana del gran Mayo Merlín, ese viejo odioso que me escupe los zapatos cuando lo llamo a deshora.

MADAMA POBREZA

No hay nada más conmovedor que estos apólogos morales. Cuesta tanto, estimado lector, dejar de escribir uno.

El Rey Gad tenía un trono de ébano más negro que sus pensamientos, más brillante que las ajorcas del día. El esplendor de su corona cegaba el alma de sus cortesanos y en sus estados reinaba el hambre.

Junto a su trono, sobre un viejo atril de palisandro, descansaba un enorme folio empastado en piel de serpiente, cuyas fojas contenían cien milenarias fórmulas de la santa y eterna felicidad. Gad no sabía ni en qué caracteres estaba escrito.

La vida muelle y opulenta, los perfumes de Etiopía y los vinos de Armenia, lo volvieron más perezoso y afeminado que Sardánápalo.

También era cruel Gad. Cierta día disfrazó de rey a un esclavo y lo obligó a salir en su propia litera, escoltado por la guardia real. Mientras el pueblo lo aclamaba, él mismo, con harapos de vagabundo, lo hizo descender a latigazos.

En otra ocasión, al salir de palacio por una puerta de servicio—Gad gozaba pisoteando su augusta dignidad—vió que un corro de mendigos rodeaba a una vieja enlutada, en cuyo rostro lívido resplandecía una mirada imperiosa. La mujer le clavó los ojos, como si hubiera querido traspasarlo para hurgar en su pecho y recobrar algo suyo.

Cuando estuvo de vuelta y se quedó solo en su aposento, sintió que su interior se desgarraba como una herida infinita. Aquella mirada lo había lesionado profundamente.

Desde ese instante, el insomnio comenzó a roer su cerebro como un chacal nocturno. Y, al tercer día de su postración, el pueblo se alzó. Sin embargo, su vocerío no hizo retemblar las ventanas del rey, pues aquella recua de infelices le temía al palacio como a un lazareto.

En medio de su martirio, Gad concibió la sanguinaria idea de ahorcar con sus propias manos a la hechicera. Desesperado, ordenó que la buscaran aunque fuese debajo de la tierra; pero, cuando los guardias salían a cumplir el mandato del soberano, una mujer se les interpuso en el camino, gritando:

—¡Deteneos! ¡No busquéis en vano! ¡Yo fui quien miró a vuestro rey!

Descabalgándose, los soldados la ataron como a una criminal. Sin articular palabra, la vieja se dejó conducir a palacio.

Piel magnífica y extraños estofas tapizaban la estancia del rey, que olía a galanga y cardamomo. En el centro, una gran pátera de oro recogía los últimos destellos del día.

Incorporándose, Gad rugió como un león:

—¿Tu nombre, bruja?

La vieja contestó dulcemente:

—La Señora Pobreza.

Gad saltó del lecho con el propósito de matarla como a un pájaro de mal agüero; pero sucedió entonces algo extraordinario: la Señora Pobreza volvióse alada e impalpable como el aire y desapareció en el cuerpo del rey. Gad sintió, en efecto, que se le había sentado en el corazón.

Desde aquel milagroso día gobernó con Madama Pobreza, y se convirtió en un rey, más que amado, rico entre los ricos de la tierra.

NARCISO, UN NARCISO...

No vió Fidas torso más delicado ni comba más suave que la del vientre de Narciso cuando era niño. El agua lo acariciaba, deleitándose, como si sintiera en sus ondas el tacto del reflejo de una anémona.

Sócrates hubiera trocado su divina serenidad por el placer de admirar el prodigio de su adolescencia en la Palestra.

Con una masa de cabellos negros enmarcando su rostro apolíneo y ese resplandor de las venas a través de su cuerpo firme, era Narciso un dios tierno y feliz. Apolo lo habría favorecido con mayores dones, si no lo hubiese visto llorar porque caían hojas secas al estanque donde perdía toda noción contemplándose.

Los años endurecieron sus músculos y afelparon de vello sus miembros como pulidos por el ir y venir del mar. Sin embargo, la excesiva duración de su blondo encanto de efebo, desequilibraba su virilidad. Tal era así que, cuando veía tremolar en el agua la imagen de una mujer junto a la suya, se desmayaba de envidia.

Pero, lástima grande, se convirtió muy luego en un viejecito más coquetón que una ninfa, más melindroso que una viuda rica.

La superficie del estanque se había cubierto de limo y en su agua negra hervían los sapitos. En vano la revolvió con una caña Narciso, pues ésta se había propuesto no reflejarlo. Parecía estar confabulada con el destino que destruye la parte de hombre, que es el templo de la de Dios en los hombres dioses.

Cierto día, temblando de ira, Narciso se inclinó tanto que cayó dentro del estanque. Pero ni la pulmonía doble logró curarlo de su cruel narcisismo.

Ahora vende leche con vainilla en una fuente de soda llena de espejos.

EXTRAÑO EPILOGO

Nous n'avons su toutes ces choses qu'après sa mort.
(Vie de Pascal, par Mme. Périer).

Divisaba ya la otra vida y nadie sabía dónde le había hincado su garra la muerte. En vano golpeó el alba con sus dedos sonámbulos los postigos entreabiertos, pues la noche reinaba para siempre en la alcoba. La enferma se miró las manos, miró los objetos, nos miró tras el frágil cristal de la agonía. Una sonrisa blanca vagaba por su cara que iba empañándose como el vidrio de un ataúd. De súbito, se me acabó el mundo. La muerte se había posado un instante en mí antes de llevársela.

Mi rival le cerró el ojo derecho y yo el izquierdo. La ternura nos hizo olvidar todo rencor en aquel momento supremo.

No obstante, cuando volvíamos del cementerio, para mi mayor tranquilidad, sin duda, mi rival confesó que no la había amado nunca, y que si visitaba a la señora precisamente cuando yo lo hacía, era porque ésta lo tenía a sueldo.

Después agregó, sin poder ya dejar de sonreír:

—Cuando una mujer de sesenta años ama a un hombre joven e inexperto como usted, le resulta mejor obligarlo a pagar su propio rival que pedirle para leche antifélica o crema del Harem.

Pero se conservaba tan bien la pobre.

LA MUCHACHA DEL IT

Tenía un modo de mirar como si hubiera vivido mucho tiempo en Pekin. Hablaba siempre de ciencias ocultas y de negras quiromancias; pero sus palabras se contradecían, goteando como jugo de frutas entre sus labios carnosos.

Era fea, no tenía una silueta digna del Vogue y usaba una esencia que me privaba de sentirla tal como era; pero estaba llena de atractivos indefinibles. Los ingleses llaman a eso el "it" de una persona.

No la quería. Me había acostumbrado a ella. Un día cualquiera me dejó por un señor con anteojos de carey.

En el verano los hallé sentados en una pérgola junto a la playa. Y sentí celos a destiempo, porque observé que lo miraba como a mí la primera vez que estuvimos solos. Después la vi repetir las mismas actitudes que, hacía algunos meses, me habían parecido encantadoras. También debía estar diciéndole cosas que yo conocía.

La sensación de que era la misma para todos y la certeza de que perdía el tiempo—el otro iba a tardar más que yo en comprenderla—fueron las que me impulsaron a lanzarme al agua para nadar, nadar hasta agotarme.

Yo estoy seguro de que existen celos puramente físicos.

MI MASCARILLA DE BEETHOVEN

En el extraño espíritu de los hombres se repiten con la misma intensidad las edades y cataclismos que compusieron nuestro planeta bajo la mirada de Dios. A veces pasan éstos en variada teoría hasta agotarse en un total fatalmente relativo o perduran a mitad de camino definiendo naturalezas que son como absolutos de lo indefinido.

En la época anterior al dulce y duradero tiempo de los matices, en la edad de los sentimientos a toda orquesta, viví una larga e íntima aventura con Beethoven, cayendo, por supuesto, en el pecado mortal de la mascarilla de Beethoven.

Llegué a rendirle uno de esos cultos que, dado su frenesí, no son conscientes ni tolerables. Una modalidad de sol alimentaba mi amor por el maestro que aborrecía los encierros y que nunca ahogó su torrentosa creación en una pálida música de alcoba. Sentía hasta en el sueño el poderoso imán de la catarata que se precipitó en el interior del genio de las sinfonías, cuyos pensamientos cobraron en la marcha una eterna realidad. Porque Beethoven no podía crear sino a pleno sol, bajo la lluvia o arañando corteza de monte. Cierta día asustaron a un rebaño sus gestos y sus gritos.

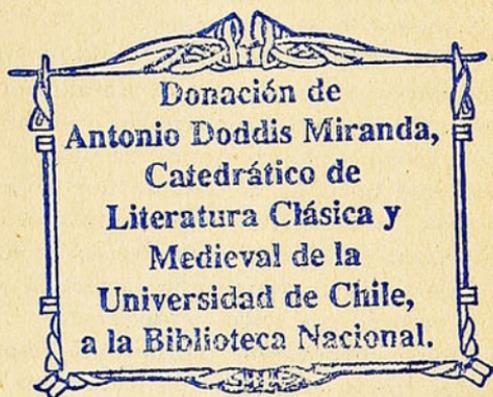
Pues bien, un amigo cuyo nombre no doy por respeto a la falta de sencillez de estas líneas, tenía en su estudio una mascarilla de Beethoven vaciada en bronce verde. Yo pensaba que, como a Juan Cristóbal, su presencia podría calmarme en una de esas noches negras, en las que se escriben las más alegres historias. Como el torpe no accedió a mis súplicas, se la robé.

Tienen, según mi modesto parecer, un perdón artístico las personas que despojan a los profanos con una intención elevada. Por lo menos, ésta fué la razón que dí a mi amigo por añadidura.

Sin embargo, cuando se sintió colgada frente a mi mesa de trabajo, gritó la mascarilla: "Llévame a casa, ratero. Mi dueño me tiene porque sí, tú no me entenderás nunca, y, te confieso, opto por lo primero".

Le contesté furioso: "No te devuelvo".

Parece que se ha acostumbrado a vivir conmigo, pues no ha vuelto a quejarse. No obstante, creo que se habría echado a correr como un dibujo animado si mi pasión no se hubiera convertido en otra.



COSAS DE AMERICA PARA LOS NIÑOS LLEGADOS
DE EUROPA*Pedagogía de la mentira*

Decía la ranita de Darwin:

—Los domingos saco mi victrola y me voy de excursión por el bosque.

—¡Mientes, mientes!—gritaban los cisnes tontos de la laguna.

—¿Qué manía de guarisapos tienen ustedes de decir siempre la verdad?

—Miente entonces con más tino, madre rana.

El crepúsculo teñía y azucaraba la laguna como un jarabe de guindas.

La actriz de la selva

Después de una larga y paciente observación, un mono descubrió que las aterradoras actitudes defensivas de la Culebra de Gola eran puro teatro.

—La bicha es astuta como casi todos los débiles—se dijo.—Estoy seguro que hasta una cucaracha gorda podría derrotarla.

Cuando vino la noche, el mono saltó de su palmera, animado de pésimas intenciones.

No le fué tan fácil atraparla. La culebra daba terribles coleadas, abriendo la tarasca.

—¡No finjas, endemoniada! He de estrangularte para que quedes en vergüenza delante de todos los animales—chillaba el monito, aleteando como un murciélago.

—¡Hediondo!

—¡Facinerosa!

Lucharon hasta que los gallos despertaron al sol. Y, a las seis de la mañana, enrollada en el vientre de su víctima, la culebra decía como Voltaire:

—Mentid, mentid, que algo queda.

Santiago, 1932 - Viña del Mar, 1937.

INDICE



| | Págs. |
|--|-------|
| La gruta de la cimarra encantada | 7 |
| Soiree con Monsieur Satán | 9 |
| Llover sobre mojado | 13 |
| Agenda 1900 | 17 |
| Como si fueran mis recuerdos | 22 |
| Los héroes ya estaban casados | 28 |
| El más acá | 36 |
| El mundo, él y un smoking | 40 |
| La beata Hisopo | 47 |
| Correspondencia | 49 |
| Escenario de Miss Agata | 54 |
| Escenario de Liberata | 59 |
| Escenario de Juanito-Rosado | 68 |
| La locura de don Fabián | 74 |
| Ascensión y muerte de Juan Santander | 77 |
| Tragedia de enanos gigantes | 85 |
| Trilogía de Navidad: | |
| Adiós y regreso de los Reyes Magos | 101 |
| Herodes y Santa Claus | 104 |
| Retablo primitivo de María y José | 107 |
| Trascendencia de algunos bichos y elogio de la pulga | 108 |
| Sketch ambulante | 110 |

| | Págs. |
|--|-------|
| La flor hindú | 112 |
| Madama Pobreza | 114 |
| Narciso, un Narciso... .. | 116 |
| Extraño epílogo | 117 |
| La muchacha del it | 118 |
| Mi mascarilla de Beethoven | 119 |
| Cosas de América para los niños llegados de Europa | 121 |



SECC. CHILENA

SECC. CHILENA